

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 592.

SUMARIO.

Los embajadores japoneses; grabado. — La cruz del valle. — La toma de Duppel; grabado. — Sucesos de Polonia; grabado. — Una isla volcánica; grabado. — Monumento fúnebre de la señora de Lamartine; grabado. — Revista de Paris. — Baux, ciudad ruinoso en la Provenza; grabados. — Aureliano. — El mundo acuático. — Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas; grabados. — Viajes. — Revista de la moda. — El sueño de un gloton; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Los embajadores japoneses.

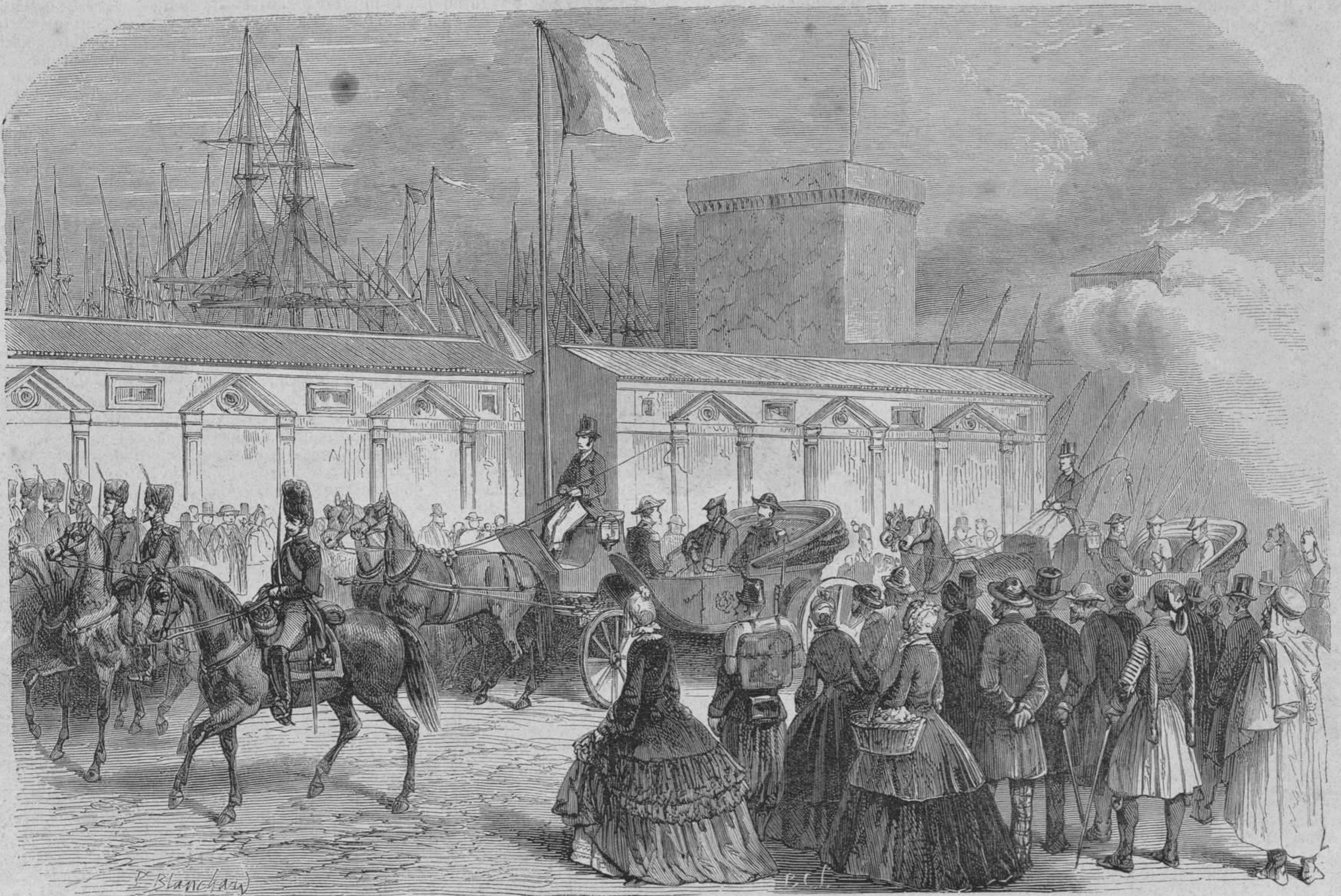
Acaba de llegar á Paris una embajada japonesa. El primer embajador, S. E. Ykeda Tsikagonkamj, es un jóven de veinte y tres años no mal parecido y muy inteligente. El segundo se llama Kokandonidonoka, y es hombre que se ha distinguido por la oposicion que ha hecho al progreso ruso en su pais; el tercero tiene un nombre no menos rico en silabas que los anteriores, Kawodasagagaminokami.

Los secretarios y oficiales de la comitiva traen estos nombres : — Tanabé-Taichi, vicegobernador; Tanaca Rensao, primer oficial; Nischi-Kichi-Dgmovoro, id.;

Saitoan-Dgirotaro, id.; Sutoatoki Ichiro, id.; Suda-Saboro, id.; Hovige-Kotugoro, segundo oficial; Yatsukan-sin, id.; Mussude-Takano-Suke, id.; Yokolamokei Ichi, id.; Suguiara-Aidsuo, id.; Matio-nami-Gonodgio, id.; Iama-nouchi-Kolousabaro, id.; Iano-Dgerobé, id.; Saki-Sin-pachi, id.; Harada-go-Ichi, id.

En esta primera página damos un dibujo que representa la llegada de esta embajada á Marsella, y á continuacion vamos á reproducir los principales párrafos de una correspondencia fechada en la misma ciudad referente á los embajadores.

«El pueblo, dice esta carta, acudió á verlos y les sigue á todas partes, movido por una curiosidad que al parecer no es enojosa á dichos extranjeros, pues nos



Llegada de los embajadores japoneses á Marsella.

la pagan con usura en su país. Sabido es que para los chinos y japoneses un europeo es un objeto de curiosidad y de algazara mucho mas importuna y ruidosa que la que se mueve por acá. Preciso es confesar que esta embajada no es menos singular que la que vino anteriormente: el joven príncipe ó *daimio*, que es el primer embajador, revela cierto aire distinguido. A través del velo de ligera gasa que cubre con frecuencia su rostro, se descubre la regularidad de sus facciones, y mejor ha podido verse en el teatro, donde ha ido dos veces, y ha parecido que le han complacido especialmente los bailes, lo propio que a sus colegas y a su servidumbre. La mayor parte de los individuos de esta, con sus rostros imberbes y facciones poco simpáticas, forman el mas singular espectáculo que imaginarse pueda.

» Se les ve, por ejemplo, sonarse como salvajes; los mas cultos se sirven para esto de un trozo de papel, que recogen en seguida y lo meten en sus bolsillos. Todas sus maneras revelan una vulgaridad grosera; su traje recuerda mucho el de los antiguos egipcios. En cuanto al caftan, no tiene ningun carácter particular, dejando aparte el gorro, que es en forma de plato, colocado sobre sus trenzas de cabellos, y generalmente domina el negro en su traje. Sin la viveza-inteligente de sus miradas, nadie sospecharía que esos hombres fuesen los representantes de la civilizaci6n mas adelantada y del gobierno mas aristocrático de todo el Oriente.

» Dicese que los embajadores japoneses traen a Francia regalos por valor de dos millones de francos, especialmente cotas de malla, trabajadas artísticamente, para el emperador y el príncipe imperial. Desde París irán a Inglaterra, Holanda, Prusia y Rusia para negociar nuevos tratados de comercio. Acaso a su regreso irán también a España; deberian hacerlo por las relaciones que pueden tener con las islas Filipinas; mas parece que su comisi6n tiende a estrechar mas las relaciones con los extranjeros, y limitarlas a algunos puntos, que ampliarlas. En fin, no volverán a su país sin haber visitado las dos Américas. »

L. E.

La cruz del valle.

NOVELA POR DON EDUARDO SERRANO FATIGATI.

I.

En la parte mas montuosa de la sierra que separa las dos Castillas, hay un pequeño pueblo de cuyo nombre, imitando a Cervantes, no quiero acordarme.

Sus casas de tosca piedra amarillenta, están pintorescamente agrupadas en la falda de un alto cerro, y parecen huir del bullicio que se advierte en la lejana llanura donde se extiende majestuosa la villa-c6rte.

A poca distancia del pueblo, y entre dos asperos montes, se abre paso una estrecha senda, que sigue despues fielmente el curso de un arroyuelo bullicioso y cristalino, que corre a la profundidad de un centenar de piés.

Y numerosas franjas de peñascos escalonados y dispuestos caprichosamente unos sobre otros, dificultan la salida del arroyuelo a la senda, sin que de ninguno de ellos, ni de sus intersticios brote un árbol ni una planta, que deleiten la vista del viajero, ni rompan la monotonia de tan árido paisaje.

Pero caminando por la senda y en un recodo del barranco, el viajero se encuentra una preciosa plazoleta casi llana, y a su extremidad, rebotando entre las peñas, una clara fuente que forma una pequeña balsa en su caída.

Dos fajas de menudo y esmaltado césped señalan su curso.

Y un alto y corpulento pino la anuncia desde muy lejos.

Hoy día todavía se ve al otro extremo de esa misma plazoleta, é inclinada sobre el barranco por donde serpentea el arroyuelo, una sencilla cruz de madera pintada de negro.

Y en su crucero esta corta inscripci6n, casi borrada:

A Rosa: su amante.

Es el único recuerdo de una historia de amor.

Escuchadla.

II.

Rosa era una linda aldeana de diez y seis primaveras, en cuyo nombre estaba compendiada su historia y su belleza.

Porque su tez era de un blanco sonrosado.

Porque su cútil era aterciopelado.

Porque crecia como única reina en un campo de abrojos.

Porque habia de marchitarse pronto.

Rosa amaba todo lo bello, todo lo grande que la imaginaci6n hacia ver a sus ojos, con ese amor instintivo que nace del corazon, no combatido todavía por el interés y los desengaños.

Amaba con ese amor de virgen que teme y desea al mismo tiempo; que se ruboriza sonriendo, que busca la felicidad en el porvenir, y al ir a tocarla, vierte sin embargo una lágrima recordando lo pasado.

Pero os suplico, caras lectoras, que me dispenseis si creo que este amor es un anacronismo en nuestro siglo.

El ferro-carril y el telégrafo han logrado penetrar en nuestra cabeza y en nuestro corazon, y no dejan tiempo a la primera para pensar y al segundo para sentir.

El amor también se ha hecho comendatario, tiene sus acciones, y se necesita *mucho capital* para hacerse dueño de una de estas compañías; es decir, para poseer completamente una bella alma.

No por esto pretendo negar que existan virtudes entre nosotros; pero Rosa que las tenia montadas a la antigua y sin adornos a la moderna, no es extraño que no pudiese comprender ni ser comprendida en esta materia, y que fuese a buscar a otra vida mas espiritual, a otro mundo mas poético, el amor en que soñaba.

Sin embargo, cuando empezamos su historia, Rosa realizaba todo cuanto, segun tan practicamente nos describe el dulce Trueba, caracteriza al adolescente.

Iba por las tardes a llenar su cántaro a la fuente que antes hemos procurado bosquejar, y se pasaba horas enteras mirándose melancólicamente en su movible cristal.

Conservaba por muchos días en su cuarto, en su cabbellera ó en su pecho, el marchito clavel que habia sorprendido al salir el sol reflejando caprichosamente sus colores, merced a una pequeña gota de rocío.

Oia con religioso respeto y espontáneo temor la campana de su pueblo, que llamaba a la oraci6n de la mañana y de la tarde.

En fin, amaba ese ideal que perseguimos a los quince y diez y seis años, y cuyo amor supera a todo cuanto despues podemos amar en este mundo.

Despues de ese ideal, ya no encontramos sino realidades, y las realidades empiezan haciéndonos comprender lo que son los dolores; y sin embargo, mas tarde, cuando el sentimiento está ya casi agotado, cuando el corazon apenas late... ¡es tan dulce todavía amar!

Y soñar que reclinamos la cabeza en un seno agitado por la emoci6n; y que sentimos sobre la frente un aliento abrasado y anhelante; y que jugamos con unos sedosos cabellos en tanto que el pensamiento vuela libre por los espacios ilimitados de la felicidad que todavía espera!

Pero observo que mi afici6n a las digresiones no hace adelantar un paso mi historia, y... prosigo.

III.

Un día Rosa encontró ocupada la fuente al ir a llenar en ella su cántaro.

Estaba apagando su sed un apuesto galán: un cazador extraviado.

Para la generalidad de las mujeres, aquel personaje ofrecia:

De veinte y cinco a treinta años, capaces por sí solos de volver el juicio al calavera mas deshecho.

Una figura noble y elegante.

Un riquísimo vestido de caza.

Ciertos síntomas de sangre azul.

Y grandes probabilidades de mucho dinero.

Consecuencia general: Alfredo, pues que tal era su nombre, era un buen partido, en toda la extensión de la palabra.

Rosa por su parte solo advirtió en él:

Unos ojos negros rasgados y de expresiva dulzura.

Unos cabellos también negros, graciosamente rizados.

Una sonrisa melancólica.

Algunos síntomas de buen corazon.

Y grandes probabilidades de ser el tipo que Rosa habia entrevisto en sus sueños de amor.

Consecuencia general: la niña habia encontrado lo que buscaba. Naturalmente Alfredo también pensó entre sí que a pesar de haberse extraviado, de llevar su morral vacío y su escopeta cansada de disparar en vano, era aquel día el de mejor caza que habia tenido durante su vida.

Rosa empezó por mirar de hito en hito al forastero en tanto que bebía: se hizo despues la distraida; bajó los ojos cuando los del joven la miraban apasionadamente, y acabó por ruborizarse.

Aquel rubor era el grito de alarma de su corazon, y quizá también una despedida a lo pasado y una súplica de felicidad dirigida al porvenir.

Pasaron algunos minutos, y Rosa permanecia junto a la fuente, sin observar que su cántaro se habia podido ya llenar muchas veces.

Ninguno de los dos habia pronunciado una sola palabra, y sin embargo no se movian.

Pero trascurrió tanto tiempo que la niña comprendió que debía volver a su pueblo, y el galán que debía continuar su camino.

Alfredo, antes de marcharse, dió dos pasos hacia Rosa en una actitud que otra mujer hubiera calificado de imponente, y pareció querer hablar.

Pero en aquel instante su mirada se cruzó con la de la purísima niña, y Alfredo halló en aquella mirada una mezcla tan expresiva de esperanza, de amor, de deseo y de virtud, que para no dejarse vencer por su imaginaci6n, y despues de haber murmurado entre dientes como un son de despedida, desapareció velozmente por la senda en direcci6n contraria al pueblo.

Rosa volvió a su casa pensativa y triste.

Pero aquella noche se durmió con los labios entreabiertos por una sonrisa en que se revelaba un sueño de felicidad.

IV.

Entre tanto Alfredo no podia dormir en su palacio de Madrid.

Y sin embargo tenia una alcoba y una cama magní-

ficas, y una numerosa servidumbre afanándose por complacerle, y mil remedios a cual mas poderosos contra el insomnio, entre los cuales se contaba un infalible elixir inventado por un amigo suyo. Pero nada tiene esto de extraño si se atiende a que Alfredo estaba soñando despierto.

Se preguntaba una y mil veces cómo no habia hecho alguna de sus célebres calaveradas para conquistar aquella linda muchacha que tan buena impresi6n causaba en sus sentidos. Despues llegaba hasta a sospechar si todavía le quedaba algo de corazon para amar; pero aunque esta idea fuese cierta, Alfredo no podia menos de desecharla con horror de su imaginaci6n.

¿Amar, y amar formalmente a una muchacha de un pueblo?

El que habia dejado el manoseado nombre de Juan con que le bautizaron, para tomar el poético y *fashionable* de Alfredo.

El que creia poder burlarse de todas las preocupaciones sociales, entendiendo por preocupaciones ciertas cosas a las que como el honor, la gloria, la virtud y el talento, profesaba todavía en el fondo de su alma una secreta simpatía.

El que podia disponer de medio mill6n de renta.

Cansado de dar vueltas inútilmente en el lecho, se levantó cuando apenas amanecía.

Hizo que le vistiesen un traje cualquiera, sin reparar en si el *négligé* era ó no elegante, y salió a respirar el aire puro del campo.

Admiró el viejo espectáculo con que la naturaleza nos brinda todos los días, y que sin embargo de su constante repeticion, es siempre el manantial de toda belleza y de todos los grandes sentimientos que el alma humana puede abrigar.

El sol envió a sus ojos su primer rayo para obligarle a reconocer su majestad; los pajarillos revoloteaban picando y cantando en su derredor, como dándole las gracias porque no les perseguia; los árboles adelantaban sus ramas hasta ofrecerle al paso sus maduros y vistosos frutos, esmaltados por el rocío; y las flores le enviaban a porfía y en tropel sus embalsamados olores.

El estado de su corazon le hizo comprender entonces, quizá por la primera vez de su vida, toda la belleza que diariamente ostenta el mas insignificante rinc6n de tierra, para el que tiene su corazon todavía sano para recibir el perfume de vida de la naturaleza que despierta.

Su vida entera pasó ante su vista como las figuras de un cosmorama, y solo se deluvo con placer en los recuerdos de su infancia; de su madre velando a la cacería de su pequeña cama cuando estaba enfermo, y de su padre llorando de alegría, cuando los vecinos le hacian concebir halagüeñas esperanzas acerca del porvenir de su querido hijo.

Despues de haber pensado en todo eso, volvió instintivamente la mirada hacia los montes de Guadarrama, y al mirar aquella cadena perdida entre la niebla, no pudo menos de volver a pensar en Rosa.

Pero entre el tropel de ideas que desde aquel momento vinieron a acumularse en su imaginaci6n, el entusiasmo que le habia dominado un instante se evaporó, y Alfredo volvió poco a poco a ser el calavera hastiado y egoísta.

Empezó a notar que el campo estaba muy húmedo, que el sol calentaba demasiado, que la yerba pisada ensuciaba los pantalones, que los labradores que pasaban a su lado eran demasiado toscos y las labradoras demasiado feás, y por fin emprendió a paso largo el camino de su casa.

Pero tan contrarias emociones le habian puesto de un humor insoportable.

Y como sucede siempre, el ayuda de cámara que nada sabia de lo que Alfredo experimentaba, fué el que vino a sufrir los efectos de las pasiones que hervian en el pecho de su señor.

Le riñó ásperamente porque le presentaba para vestirse un traje demasiado claro.

Le calificó de torpe y estúpido porque le queria despues vestir de negro.

Le amenazó con despedirle porque le replicaba, y un minuto despues se enfurecia mas contra el pobre criado porque no le contestó.

Para colmo de sinsabores, le entregaron una carta que decia así:

« Querido sobrino: mi hija y prima tuya Adela llegará a esa el mismo día que recibas la presente.

» Ya ves que están casi realizados tus deseos, y que puedes casarte con ella tan pronto como quieras. Sabes que te adora tu tia — GERTRUDIS. »

Alfredo ya desesperado, al acabar de leer la anterior carta no solo la estrujó y echó en la chimenea, sino que rompió además dos magníficas tazas de porcelana y un precioso ramo de flores de mano, con cuyo desahogo pareció aplacarse por entonces.

V.

Para desquitarse de lo que él llamaba *su horrible madre*, y para juzgar lo que debería hacer en la situaci6n que la casualidad le habia deparado, Alfredo, antes de almorzar, creyó conveniente charlar un rato con algunos de sus amigos de confianza.

Porque habeis de saber que nuestro Alfredo tenia una c6rte, bastante respetable por su número, de amigos desinteresados que le daban excelentes consejos, a cambio de otros favorcillos menudos, que sus bolsillos y sus estómagos tenian la delicadeza de apreciar en mas que

los sabios raciocinios que nuestro héroe recogía á manos llenas.

Y en verdad, de entre aquellos amigos podian escoger todos los gustos. Habia espadachines consumados que se batian hasta por equivocacion.

Traductores profundos de todas las lenguas conocidas que recitaban, en una á la que ellos llamaban *castellana*, trozos lindamente destrozados de poetas que jamás habian cometido un plagio.

Dilettantis eminentes que criticaban á todos los músicos habidos y por haber, sin necesidad de oír sus obras.

Políticos concienzudos, sin derechos electorales, á pesar de su alta capacidad.

Y Tenorios de tan buena fortuna que ponian en ridiculo y podian dar lecciones al de Tirso y Zorrilla. Rodeado Alfredo de unas cuantas de estas notabilidades, les dijo que deseaba charlar con ellos un rato acerca de varios asuntos que podian interesarle.

Despues de esta manifestacion, los amigos, en atencion á la gravedad de las circunstancias, pidieron de almorzar.

Al postres la conversacion, que durante el almuerzo solo habia girado sobre el porvenir de Polonia, la situacion de Italia, el carácter de la literatura alemana, el estado de la industria en Inglaterra y otras pequenezes por el estilo, vino al terreno á que Alfredo deseaba llegar.

Tocó su turno al amor y á las mujeres, y los circunstanciales, con todo el buen humor que abundantemente les suministraba el champañero helado, empezaron á emitir sus opiniones sobre tan inagotable materia.

Un hombre de largos bigotes y de hosca mirada sostuvo que el amor solo se adquiere á viva fuerza, y lamentó que hubieran caido en desuso las costumbres de la antigua Roma, y que no hubiese en nuestra moderna España otras sabinas á quienes robar en medio de un baile.

Un solteron de enorme barriga demostró que el amor enflaquece á los que se dejan alucinar por sus encantos, citando su propio ejemplo, pues habia perdido años atrás dos arrobas de peso por la maléfica influencia de unos ojos negros.

Un viudo cuarentañon comparó el matrimonio á una caña de pescar en que el marido era el anzuelo, la mujer el cebo, y los amigos los pececillos que se comian muchas veces el cebo sin morder el anzuelo.

Un literato profundísimo llegó hasta decir que el amor convierte el *yo* en *no-yo*, y al mismo tiempo alargaba su copa para que se la llenasen.

En resumen, previendo todos que Alfredo estaba enamorado hasta la medula de los huesos, le vinieron á cantar en diferentes tonos el consabido refran «antes que te cases mira lo que haces.»

Pero nuestro héroe, á quien no satisfacian del todo las bromas de sus amigos, dejándolos en su casa entre Pinto y Valdemoro, se encaminó á la estacion del ferrocarril del Norte, y al poco tiempo viajaba en direccion á la cordillera del Guadarrama.

VI.

El sol empezaba á desaparecer tras de los montes, cuando Alfredo y Rosa volvieron á encontrarse en la fuente.

Les impelia una extraña casualidad, pues los dos llegaron al mismo tiempo.

Cada uno de ellos fija la mirada en el otro, pálido él y ruborosa ella; sin decirse una palabra fueron á sentarse á opuestos lados del sitio en que caía el agua.

Rosa no acertaba ya á luchar con su alma. Alfredo no pretendia dominar su mezcla de pasion y deseo.

Pero no por eso se atrevia á romper el silencio, y así pasaron algunos minutos.

El limpió cristal del agua dibujaba vaga, pero fielmente, los contornos de los dos amantes asomados á su raudal.

De repente un pequeño canto, rodando desde la altura, cayó, en la balsa, enturbió sus aguas y borró los retratos.

Rosa dejó escapar un grito involuntario y Alfredo palideció mas. Y es que hay circunstancias insignificantes que hablan sin embargo mucho al corazon, y esta era una de ellas.

Al mismo tiempo el crepúsculo iba extendiendo lentamente su palida luz, mientras á lo lejos se veia el sol despidiéndose de la llanura.

Empezaba la única hora del dia triste y solemne.

La única hora quizás en nuestro siglo en que el corazon pide prestado su cetro á la cabeza.

Porque el anochecer tiene algo de vago y misterioso que nos anonada y nos eleva á un mismo tiempo. El alma sonríe con la aparición de la aurora, dormita durante el dia, y llora al extenderse el crepúsculo de la tarde.

Porque con todo lo que perece, con el dia que pasa, con la hora que nos anuncia el reló, con el segundo que nos señala un latido de nuestro corazon, muere tambien alguno de nuestros deseos y alguna de nuestras ilusiones.

En aquella hora pues los dos amantes no pudieron dominar sus sentimientos que se habian purificado, cuanto purificarse podian, y cual si viesan acercarse la última hora de su vida, quisieron exhalar en palabras y en suspiros todo el tormento, todo el placer y toda la esperanza de que estaba lleno el corazon.

— Ángel hermoso de mis sueños, te amo como únicamente he amado á mi madre desde que existo, dijo Alfredo acercando su cabeza á la de Rosa.

— Quiero creerte porque yo tambien... ¡te amo! murmuró sonriendo la pobre niña.

— Verte á mi lado es encontrar la felicidad que yo no habia creído posible en el mundo.

— Tú llenas mi corazon que hasta ahora lloraba en la soledad.

— Mi amor será eterno, porque Dios me permitirá sin duda que nos amemos hasta en esa vida que no ha de tener limites, exclamó Alfredo llena el alma de fe y la imaginacion de puros pensamientos.

— ¡Ay! si no fuese verdad lo que dices, si algun dia dejases de amarme, ese seria mi último dia.

— Eres tan hermosa, tan buena, tan inocente, que seria un crimen imperdonable olvidarte y mentirte una pasion que no sintiese. Quiera Dios que al momento que te dejase de amar, muera despreciado de todos cuantos me rodeen.

— ¡Oh! Alfredo, si es amor lo que siento dentro de mi alma en este instante, las mujeres solo deben haber nacido para amar, porque desde hoy ya no temo á la muerte, sino por perderte.

Alfredo estaba desconocido; su mirada era brillante, su pecho se agitaba fuertemente, y una sonrisa inmensa de felicidad vagaba entre sus labios.

— He sido un insensato, dijo, corriendo tras de esos placeres torpes y groseros que solo servian para matar mis sentimientos y para borrar en mi mente los recuerdos de mis honrados padres. Rosa mia, yo no puedo dejar de amarte, aunque solo sea por egoismo; aunque solo sea porque á tu lado me contemplo sin avergonzarme de mi mismo; aunque solo sea porque tu virtud me hace bueno; júrame una y mil veces que ese amor durará cuanto tu vida dure.

— ¿Dudas de mis palabras? ¿acaso puede una mujer faltar á ella? ¿hay alguna que deje de amar?

Alfredo, por toda contestacion, cogió entre las suyas una de las manos de Rosa, la estrechó contra su pecho con frenesí, y por último la besó.

La pobre niña, encarnada hasta lo blanco de los ojos, se separó de él, y enviándole un beso desde lejos, desapareció camino del pueblo sin saber si andaba, si vivía ó si soñaba.

Su felicidad era tan grande que no pudo ocultarse á su pobre padre, honrado y virtuoso anciano, que consagraba á su hija todo cuanto cariño le habian dejado los dolores de la vida.

Por única respuesta á sus preguntas reiteradas, Rosa, al tiempo de darle el beso de despedida, que era la costumbre al acostarse, le dijo sonriendo:

— Mañana te contaré mi secreto.

VII.

Amaneció el siguiente dia tan deseado por el padre de Rosa, y la candorosa niña supo pintar con tan hermosos colores á su querido Alfredo, con tan bellas tintas aquella pasion santa, pura é ideal que consumia á entrambos, y con tales trasportes la felicidad de que estaba poseída, que el pobre padre lloraba de alegría como un niño al oír á su querida Rosa.

Despues, sin embargo, cuando la niña pedia al espejo mas hermosura para agradar á su Alfredo, el anciano no pudo menos de temer por la ventura de su hija, y de exhalar en un suspiro prolongado de tristeza y resignacion los presentimientos que nacia de su pecho.

Aquella tarde, á pesar de la resistencia de nuestro héroe, Alfredo quedó presentado al padre de su adorada, que ya olvidado de las lecciones del mundo, acogió como á un hijo al que tan bello, tan galante y con tan expresivas frases se anunciaba.

Pocos dias despues el previsor anciano, queriendo atar con mas fuerte lazo al hombre que disponia de su propia felicidad, puesto que era dueño de la de su hija, le propuso, haciendo uso de su gran influencia en el pueblo y en el distrito, hacerle candidato á la diputacion á Cortes.

Y despues de algunas largas conversaciones llenas de magníficos pensamientos irrealizables acerca de la felicidad de España, proyectos de los cuales se reía en su interior nuestro héroe, Alfredo fué designado unánimemente por todos los pro-hombres para tener la honra de representarlos en el Congreso.

Y adorando á su Rosa, y permitiendo por ese mismo amor que su nombre se asociase á todo lo que en el pueblo se proyectaba, y acallando del todo los temores del anciano, Alfredo llenó tres meses de su existencia.

Todas las tardes los amantes volvian á la fuente para renovar ante ella sus juramentos de amor.

Todas las noches Alfredo llegaba á su palacio de Madrid, y sin preguntar por sus amigos que murmuraban de él, se acostaba contento de si mismo, y apenas daban las doce del siguiente dia, volvía á emprender su acostumbrada expedicion á la cordillera del Guadarrama.

Su pasion habia llegado al apogeo, y ya acariciaba en su mente la idea de casarse con Rosa; construir una linda casa en el pueblo, mitad palacio, mitad cabaña, para seguir allí con su adorada niña el sueño de amor que le habia hecho feliz tres meses.

Pero su inconstancia lo habia dispuesto de otro modo.

VIII.

Durante aquel tiempo su tia volvió á escribirle varias

veces, quejándose de que no hubiese visto á su prima, que segun pactos de familia y de intereses, le estaba destinada para esposa.

Alfredo leyó la primera carta relativa á la materia y la rasgó furioso. Despues, para no incomodarse mas, arrojó á la chimenea las siguientes sin abrirlas.

Pero pasados tres meses, un dia recibió un billetito color de rosa y perfumado que decia lo siguiente:

«Se suplica al señor don Alfredo Guzman García, que acreditando una vez mas su galanteria proverbial, se sirva asistir esta noche al *té dansant* que daran los señores de Jimenez.»

Alfredo reconoció la letra de su prima; maldijo la carta y toda su parentela; riñó al criado que se la habia traído, y emprendió su viaje de costumbre. Pero de vuelta el fantasma del ridiculo se puso delante de sus ojos, y por no caer en él mas de lo que habia caído, refunfuñando decidió ir al *té*.

Fué preciso romper un frac antes de vestirse para satisfacer su mal humor; pero al fin y al cabo dos horas despues de empezada la fiesta, Alfredo entró con avinagrado gesto en los salones de los señores Jimenez.

Indiferente á todo lo que veia y sin que el baile le hiciese recordar con placer sus antiguas costumbres, nuestro héroe oyó sin inquietarse las mil picantes chanzonetas que sus amigos le dirigian con motivo de su separacion del gran mundo.

Únicamente, cuando un chisgarabís entrometido llegó á decirle que su retraimiento se debería probablemente á alguna *griseta romántica*, Alfredo le miró de alto abajo con aire tan amenazador, que el amigote se dió prisa á escurrirse entre otras parejas inmediatas, sin aguardar la contestacion de su amigo. Cuando se acercaba la hora de retirarse, Alfredo por no faltar del todo á las consideraciones sociales, se adelantó con aire glacial hacia su prima y la invitó para el primer vals.

Adela, la prima de nuestro héroe, era una graciosa andaluza de ojos negros rasgados y llenos de fuego, de seductora sonrisa y de talento poco comun.

Cuando Alfredo, al romper el vals, se vió precisado á mirarla detenidamente, le pareció una muchacha regular, pero no comparable de ningun modo á su querida Rosa.

Dadas algunas vueltas, la primita se sentia tan fatigada que fué necesario detenerse á descansar en un rincón de la sala.

— Observo, primo, que te está disgustando evidentemente mi conversacion, y el acto de galanteria que has usado conmigo invitándome á bailar.

— Sabes que siempre te he profesado gran afecto, replicó Alfredo afectadamente.

— Tu cara es para mi un espejo que me dice que debo estar muy fea, ¡y nada tiene de particular! Las mujeres nos marchitamos en la corte, como se marchitan las flores en nuestros balcones; nos falta aire, nos falta luz. En cambio en el campo, en medio de una naturaleza privilegiada, la niña ve llegar sus quince años, rodeados de hermosura, de salud, de candor y de un coquetismo tan incitante...

Alfredo se iba poniendo visiblemente pálido, Adela al notarlo continuó:

— Estoy sumamente desgraciada esta noche contigo; cada conversacion te interesa menos, y...

— Al contrario, te suplico que continúes.
— No seré yo la que vaya a pintarte un cuadro de la antigua Arcadia, todo lleno de pastorcitas de ojos azules y bucles dorados... Cabalmente no es ese mi género favorito, y si te hablaba de él, es porque tú le prefieres, porque...

— Prima, dejemos esa conversacion si gustas; tienes razon, me cansa; dijo Alfredo no pudiendo contenerse mas.

— ¿Prefieres que hablemos de esas mujeres de la sociedad elegante, hermosas, palidas por el sentimiento y con alma capaz de comprender otra gran alma?

Nuestro héroe, poco fuerte para sostener la conversacion, volvió a seguir el vals, á pesar de los pocos deseos que su pareja manifestaba.

Durante aquellas vueltas, Alfredo miró á su prima y le pareció bonita.

Al terminar el baile y ya en su asiento Adela, flechando con una de sus mas dulces miradas á su primito, le dijo en voz baja:

— Supongo que no me conservarás rencor por mis ideas acerca del campo; eran una broma; soy entusiasta como puedes tú serlo, bajo el punto de vista artistico, de esas bellezas naturales que tanto os gustan á los hombres y nos gustan á nosotras.

Alfredo se despidió turbado, y al salir de la casa de los señores Jimenez, decia entre sí:

— Es lastima que Adela sea prima mia, y yo no la haya visto antes: es una niña de mucho talento; pero es mas bella mi Rosa.

(Se continuará.)

La toma de Duppel.

Las fortificaciones de Duppel han sido tomadas despues de un sitio de dos meses. Para la toma de esta posicion el general Wrangel tuvo que recurrir á un sitio en regla, abriendo las tres paralelas y dando finalmente el asalto. El resultado del sitio no era dudoso. Los dinamarches podian prolongar la resistencia mas ó menos tiempo, pero no contando, como no podian contar, con el auxilio de un ejército exterior que intentase le-



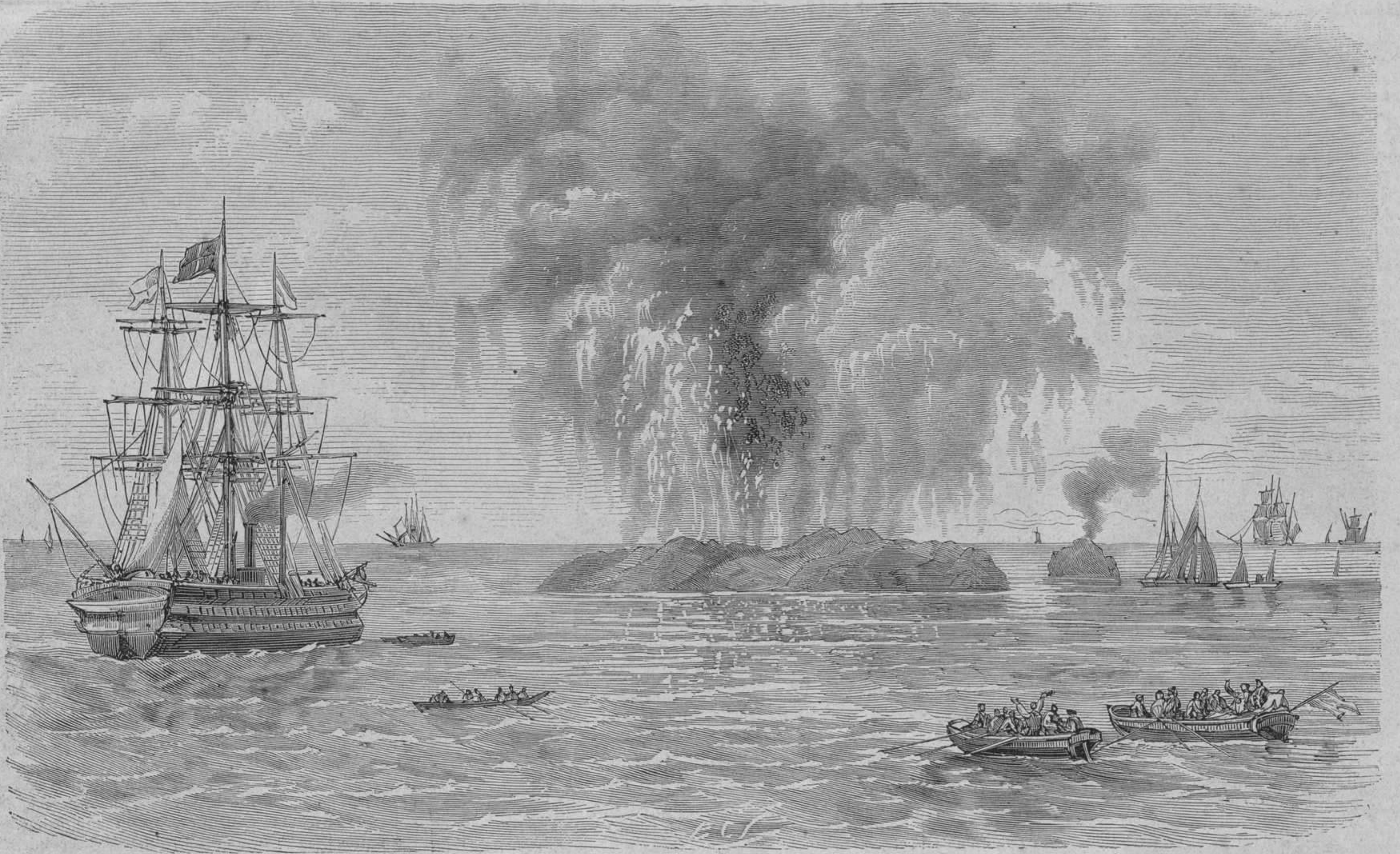
L. GAILDRAU

GUERRA DE DINAMARCA. — Toma del bastion número 4 en Duppel.



Janakiewicz

SUCESOS DE POLONIA. — El combate de Rachow.



Nueva isla volcánica en las costas de Sicilia.



Monumento fúnebre de la señora de Lamartine.

vantar el sitio, la posición de Duppel tenía que caer irremisiblemente en poder de los prusianos.

Los sitiadores reunieron contra las fortificaciones dinamarquesas un tren de batir inmenso, irresistible, y en cuanto a fuerzas, podían oponer diez hombres contra uno. Esta desigualdad numérica debía hacer corta la resistencia en el momento del asalto, cuando iba a trabarse la lucha cuerpo a cuerpo. Los dinamarqueses estaban tan convencidos de la inutilidad de su resistencia, que así que vieron terminada la tercera paralela retiraron sus mejores piezas de los reductos trasladándolas a la isla de Alsen. Sin embargo, los sitiados, después de hacer una defensa heroica contra el terrible ataque del enemigo, no quisieron capitular, a pesar de haber llegado al punto en que queda salvado el honor de las armas, y esperaron resueltos el asalto, dispuestos a sufrir sus consecuencias, a ser pasados a cuchillo si así placía al vencedor.

El asalto de las fortificaciones de Duppel se verificó por el orden siguiente: los reductos 1, 2, 3, 4, 5 y 6 habían sido ya destruidos casi completamente por el fuego de las baterías prusianas antes del asalto definitivo, de modo que sus defensores apenas podían cubrirse de los fuegos de los sitiadores. Los prusianos llevaron por la izquierda sus obras de aproche hasta sesenta metros de distancia de las defensas enemigas. Las columnas de asalto solo tuvieron que salvar este pequeño espacio; su número era tan desproporcionado respecto al de los dinamarqueses, que estos se vieron dominados al poco rato a pesar de luchar cuerpo a cuerpo en el parapeto. Los seis primeros reductos quedaron en poder de los prusianos a las once de la mañana, y los sitiadores, después de apoderarse del reducto número 7, atacaron la segunda línea de atrincheramientos que los dinamarqueses habían construido precipitadamente en las últimas noches que precedieron al asalto.

Esta segunda línea se componía, como la primera, de varios reductos enlazados entre sí por medio de fosos y parapetos de tierra. Dueños ya los prusianos de las fortificaciones de la izquierda y parte de las del centro, atacaron las de la derecha. A la una de la tarde la brigada del general Raven se posesionó de los reductos 8, 9 y 10 de la primera línea, y como las tropas que defendían estas fortificaciones se encontraron cortadas desde el momento que los sitiadores se establecieron en la segunda línea, quedaron todas prisioneras.

Todas las fuerzas dinamarquesas que había detrás de los prusianos se retiraron a la cabeza de puente que enlaza la isla de Alsen con el continente. Los prusianos dirigieron entonces todos sus fuegos contra este punto, y los dinamarqueses tuvieron que evacuarlo y retirarse a la isla, dejando el puente completamente destruido. El *Rolf-Krake* y algunos otros buques de la escuadra danesa cooperaron a la última resistencia que los sitiados hicieron en tierra firme, causando grandes pérdidas a los prusianos; estos buques se alejaron luego que los soldados dinamarqueses estuvieron a salvo en la isla.

J. M. y M.

Sucesos de Polonia.

Una acción importante ha tenido lugar últimamente cerca de Rachow entre las tropas rusas y un cuerpo de voluntarios polacos procedente de la Gallitzia, acción que ha sembrado la alarma en toda la línea rusa de Zawichost a Sandomirz. El 24 de marzo un cuerpo de voluntarios de la Gallitzia se formaba entre Czekay y Radomysl, al Norte del distrito de Rzeszow y sobre la orilla derecha del San, que se arroja en el Vistula cerca de Czekay. Su jefe era Jablonski, rico hacendado de Tarnow, y ex-oficial de un regimiento de hulanos austríacos, que se componía en su mayor parte de polacos. Las fuerzas de Jablonski constaban de 138 jinetes, 187 cazadores de infantería y 212 infantes, que hasta el momento de la acción estuvieron ocultos en los caseríos de las inmediaciones. El 26 de marzo llegaba un correo de Zawichost a la Polonia anunciando que los rusos habían retirado su guarnición de Rachow y hasta una parte de la de Zawichost para concentrar sus fuerzas en Sandomirz. A esta noticia Jablonski ordenó la marcha, y en la misma noche la cabeza de su columna compuesta de su caballería atravesó la frontera de la Gallitzia cerca de Wola-Rzeczyca, en tanto que la infantería desembocaba de una selva junto a Katy, que toca, digámoslo así, a la frontera polaca. La infantería encontró un corto destacamento de cosacos, que después de disparar algunos tiros se replegó hacia Janow.

Todo el cuerpo de Jablonski se reunió entre Zaklikow y Janow, y emprendió su marcha hacia Rachow, población de la orilla derecha del Vistula, donde contaban vadear el río para pasar a Opatow, cuya guarnición rusa estaba amenazada por el famoso jefe polaco Bossak. Jablonski llegó delante de Rachow y dispersó una sotnia de cosacos (cien hombres) sin experimentar una grande resistencia; mas como la tropa de Jablonski estaba rendida de cansancio, fué preciso hacer alto, tomando las precauciones oportunas contra una sorpresa por parte de los rusos.

Jablonski tomó todos los puntos importantes de Rachow y sus cercanías, ocupando sobre todo una posada delante de la población y en el camino de Zawichost, por donde las fuerzas rusas debían desembocar necesariamente. Con efecto, seis horas después se oía allí un vivo fuego de fusilería, y la posada era atacada en breve por una nube de cosacos. Al cabo de un combate

encarnizado que duró diez horas, los rusos fueron cortados por una brillante carga de la caballería polaca, que arrojó al enemigo hacia Borrow y Zawichost. Los rusos perdieron en este encuentro 5 oficiales, 108 hombres muertos y 127 heridos, de los cuales la mitad, con 87 caballos, cayeron en manos de los polacos. Jablonski perdió 73 hombres; y atravesando sin tardanza el Vistula se dirigió hacia Opatow, donde se juntó con el cuerpo de Bossak.

W.

Una isla volcánica.

Hace pocos días que el mundo sabió se ha puesto en conmoción con el anuncio de un fenómeno submarino bastante extraño: en este momento se distinguen, no lejos de las costas de la Sicilia, casi a flor de agua, las rocas de una isla que suben poco a poco hacia la superficie del mar. Un buque inglés, que tiene a su bordo varios hombres científicos, se halla apostado en esos lugares, y asiste a las diversas fases de esa resurrección.

Es con efecto una resurrección, pues hace treinta y tres años se vió surgir en el mismo lugar una isla volcánica. El dibujo que damos fué hecho a la vista del fenómeno en el año 1831. Se vió primero una columna de agua que se elevaba cada cuarto de hora hasta 30 y 40 metros de altura; duraba así diez minutos, y luego se convertía en una inmensa columna de vapor que alcanzaba cerca de 500 metros de altura. La mar se cubría de escorias negras, y muchos peces muertos zozobraban en las costas de la Sicilia.

Un capitán siciliano descubrió muy luego un islote de tres ó cuatro metros, que tenía en su centro un cráter del que se escapaban materias volcánicas acompañadas de enormes columnas de vapor.

El islote creció poco a poco, y en algunos meses la isla contó cerca de 6 kilómetros de circunferencia. Sin duda por entonces se sacó el dibujo. El gobierno francés envió un buque del Estado para estudiar el fenómeno, y a bordo de este buque iba M. Constant Prevost, delegado por la Academia de ciencias. Un joven oficial de marina, M. de Grouleeroy, acompañado de dos marineros, fué el primero que llegó a nado a aquella isla ardiente donde el termómetro marcaba hasta 85 grados sobre el suelo. M. Constant Prevost desembarcó el día siguiente, y después de haber hecho numerosas é interesantes observaciones, pudo vaticinar la próxima destrucción de esa isla efímera. Así ocurrió en efecto. La isla había aparecido en julio de 1831, y a fines de octubre del mismo año no quedaba de ella mas que un montoncillo de arena y de escorias. Después de la extinción de los cráteres, las olas habían destruido aquellas aglomeraciones de materias volcánicas. Seis meses mas tarde el montoncillo había desaparecido, y no quedaba mas que un arrecife a flor de agua, de forma ovalada y de un kilómetro de largo. Se dió aviso a los navegantes del Mediterraneo en atención a que el arrecife ofrecía serios peligros; pero algunos años después la sonda volvía a encontrar la profundidad normal del fondo, que es de 240 metros.

Aun no se puede prever cuál será la suerte de la nueva isla cuya aparición dejamos señalada. P. P.

Monumento fúnebre

DE LA SEÑORA DE LAMARTINE.

Damos un dibujo que representa la estatua funeraria de la señora de Lamartine, ejecutada por M. A. Salomon, y que ha excitado en París una curiosidad suma. El entendido y habil escultor había comenzado su obra en el mas profundo secreto, sin haber prevenido ni siquiera a M. de Lamartine. Es de advertir que en la época en que falleció la virtuosa esposa del ilustre escritor, este, clavado en su lecho por un acceso agudo de reumatismo, no pudo hacerse trasportar a su lado, y por lo tanto no se halló presente en ese solemne instante en que el alma al exhalar se parece marcar con su sello inmortal el rostro trasfigurado. M. A. Salomon estaba allí, y ha representado a la señora de Lamartine tal como le apareció en aquel segundo de la trasfiguración, serena y como iluminada por la invisible antorcha de la otra vida.

La figura está tendida con la cabeza alta y el cuerpo apenas indicado; los largos paños del sudario dejan adivinar, sin acusarlas, formas vagas; pero la cabeza vive con la vida inmortal, y la mano izquierda, que estrecha sobre el corazón la *Imitación*, ese libro de los afligidos, parece levantarse bajo el soplo del último pensamiento. Juzguese la conmoción que debió sentir M. de Lamartine cuando al entrar con su sobrina, la condesa de Cessiat, en el estudio del artista, volvió a ver de repente en aquella imagen de piedra a su compañera fiel resucitada por la piadosa mano de un amigo.

Ninguna mujer ha podido merecer mas que la señora de Lamartine los honores de la apoteosis. Su vida entera, vida llena de virtudes, aboga en favor de su inmortalidad. Los que han tenido la dicha de conocerla han podido apreciar las excelentes cualidades que la distinguían. Caritativa con exceso, madre de los pobres, consuelo de los afligidos, no hizo mas en este mundo que practicar la beneficencia. ¡Cuántos infelices no han sabido hasta después de su muerte toda la extensión de

su desgracia! Idólatra de su esposo, era la primera y mas humilde admiradora de su genio. Este afecto absoluto al hombre cuyo nombre llevaba, se descubría en todas sus acciones. Un amigo de M. de Lamartine había ido a pasar hace tres años algunos días en su bonita casa de Saint-Point, que será una de las peregrinaciones de la posteridad, y una mañana, entrando esta señora en su cuarto, le dijo:

— Venga Vd. a mi estudio de pintura, pues quiero enseñar a Vd. una obra que estoy haciendo con todo secreto.

Y le enseñó unos medallones de hombres célebres: Shakespeare, Byron, Goethe, etc., que acababa de pintar, con el talento que la distinguía, para el comedor del poeta. Había treinta medallones, y hacía seis meses, que no obstante su mala salud, se levantaba a las cinco de la mañana para concluir su trabajo en el mas profundo misterio.

Era también la mas constante é indulgente de las amigas; débil, enferma y pudiendo apenas sostenerse, preguntaba con interés por todas las personas que la eran caras; era un alma mas bien que un cuerpo; era la imagen viva de la caridad.

Este monumento fúnebre, que honra tanto al talento como a la delicadeza del artista, va a ser trasportado a la sepultura de familia que existe en Saint-Point, donde descansa la señora de Lamartine al lado de su hija Julia.

E. T.

Revista de París.

El lunes último circuló en París una noticia fúnebre que causó la mas profunda conmoción. Había muerto uno de los grandes genios de la época, Giacomo Meyerbeer. Una enfermedad rápida y terrible le ha llevado en pocos días al sepulcro. Hace una semana se encontraba en buena salud, y hasta se preparaba para hacer un viaje, cuando cayó en cama para no levantarse mas. El arte está de luto, y la pérdida del gran compositor es tanto mas sensible, cuanto que, ni por su edad ni por el estado de su salud se podía prever un fin tan próximo.

Nuestros lectores no esperan aquí, en estas crónicas donde consignamos a la ligera los acontecimientos semanales que se suceden en esta capital del mundo moderno, un estudio detenido acerca del hombre célebre que acaba de bajar a la tumba; este estudio vendrá después con todo el desarrollo que merece, pero entre tanto, vamos a reunir aquí algunas de las particularidades que mas han llamado la atención entre los apuntes que han publicado los periódicos.

Meyerbeer ha fallecido a la edad de setenta años en su habitación de la calle Montaigne, cerca de los Campos Eliseos, que ocupaba desde el mes de octubre.

Sus hijas que estaban en Baden, han podido llegar a tiempo a París para recoger su último suspiro.

Segun sus últimas voluntades, su cuerpo permanecerá expuesto cuatro días en París, y luego será enviado a Berlín, ciudad de su nacimiento, y en conformidad a un itinerario señalado por él mismo.

Meyerbeer llevaba siempre consigo un papel en que estaban consignadas estas voluntades relativas a su servicio fúnebre, y este papel, escrito para el caso de muerte repentina, decía que su cuerpo había de ser traído a París de cualquiera parte en donde falleciera para la exposición indicada mas arriba, al cabo de la cual sería trasportado a Berlín con cuatro estaciones en las ciudades principales, Bruselas, Aquisgran, Colonia y Frankfurt.

Meyerbeer dejaba 4,000 thalers a quien descubriese este billete después de su muerte, y una de sus hijas es quien le ha hallado en un bolsillo de su chaleco.

Mientras unos aseguran que el fallecimiento del ilustre compositor no detendrá los estudios ya principados para los ensayos de la *Africana*, otros afirman, que por el contrario, se halla una cláusula en su testamento que prohíbe de un modo absoluto el representar jamás las obras inéditas de Meyerbeer. ¿Será pues verdad que estamos destinados a no conocer nunca la *Africana*?

Hemos dicho al comenzar estas líneas necrológicas, que la muerte de Meyerbeer había causado en París la mas profunda sensación; con efecto, Meyerbeer era casi considerado como francés, y había para ello una razón poderosa.

El maestro aclamado en Alemania, en Inglaterra, en Rusia, en América, en todas las capitales del mundo, había elegido a la Francia para la creación de sus obras maestras.

El teatro de la Grande Opera ha dado nacimiento a las producciones principales del maestro, y a esa misma escena dedicaba igualmente la partitura de la *Africana*, que segun los pocos iniciados en sus bellezas, no desmerece del *Roberto*, los *Hugonotes* y el *Profeta*.

Sabido es que la gran reputación de Meyerbeer remonta al tiempo en que se ejecutó *Roberto el Diabolo*; pero lo que se ignora generalmente es que esta ópera famosa fué en su origen una zarzuela en tres actos. El libretto, de Scribe y G. Delavigne, fué aceptado en la primavera de 1829 por Guilberto de Pixerecourt, a la sazón director de la Opera Cómica, y una vez aprobado, Meyerbeer salió para Berlín y escribió de corrido su primer acto, sin cuidarse de la individualidad de los cantantes ni de los gustos musicales del público que le iba a juzgar. Muy luego comprendió sin embargo, que la ejecución de su partitura era imposible con los actores que le habían impuesto. Se desanimó, renunció al libretto de Scribe y G. Delavigne, y trazó por su propio puño un plan de grande ópera.

De regreso en Francia presentó este plan al vizconde S. de Larochefoucauld, director general de bellas artes, que después de las representaciones del *Crociato* en el Teatro Italiano, colocado en sus atribuciones, se mostraba favorablemente dispuesto

hacia el compositor de Berlín, ya con bastante renombre en Alemania y en Italia.

El vizconde buscaba justamente un argumento de baile cuyo papel principal pusiera en relieve el gracioso talento de la Tagliani, y con agradable sorpresa le encontró en el plan que le sometían. Bajo este concepto propuso á Meyerbeer que se le abandonara, y en cambio M. de Larocheoucauld se comprometió á hacer que los autores de *Roberto* trasformaran su libretto en grande ópera, prometiendo ponerla en escena así que le fuese entregada.

Meyerbeer consintió; pero Scribe y G. Delavigne tardaron mucho en decidirse, y la partitura no pudo entregarse hasta el mes de mayo de 1830. La revolucion de julio cortó los ensayos, y la primera representacion de *Roberto* no se efectuó hasta el 21 de noviembre de 1831.

De esta época arranca, como hemos dicho, la gran reputacion de Meyerbeer, y él mismo lo creia así, pues desdeñaba soberanamente todas sus óperas italianas.

Meyerbeer en la hora de su muerte se ocupaba de una obra de un carácter particular destinada al teatro del Odeon: escribia los coros y acompañamientos del *Gæthe*, drama lírico inédito de M. Blaze de Bury.

Esta composicion musical debia ofrecer una novedad en el arte; el trágico recitaba los versos y el compositor acompañaba la melopea con la orquesta.

Además preparaba tambien una ópera cómica sobre un libretto de M. M. Barbier y M. Carré.

En cuanto á la partitura de la *Africana*, se dice que desde hace ya mucho tiempo ni siquiera pensaba en ella, y la tenia en depósito completa y rubricada en casa de su notario de París. Desde la muerte de Scribe, Meyerbeer habia decidido no hacer ningun cambio.

Meyerbeer ha muerto condecorado con todas las órdenes de la Europa, siendo maestro de capilla del rey de Prusia, y comendador de la Legion de Honor.

Tenemos en París una de las embajadas exóticas que los parisienses contemplan con mas curiosidad que respeto, una embajada japonesa. Estos embajadores, que han sido recibidos oficialmente por el emperador con toda ceremonia, se proponen permanecer mes y medio en Francia, y un año en Europa. Su presencia en París será una buena fortuna para mas de una industria. Traen un crédito de treinta y cinco millones de francos, y es de esperar que las maravillas de nuestra civilizacion europea le agotarán en breve. El sábado visitaron la exposicion de bellas artes, y parece ser que en cuanto á gusto, estos isleños del extremo Oriente se han hallado en completo desacuerdo con el jurado de este año. Los cuadros que han sido rehusados y que constituyen una exposicion aparte, deben parecerse sin duda en la ejecucion á las pinturas japonesas, pues llamaron altamente la atencion de los embajadores. Hé ahí un nuevo mercado que se abre á los autores de mamarrachos: no tienen mas que enviarlos al Japon, donde serán considerados como obras maestras.

Tambien han asistido á una funcion de la Opera, y han visto representar el nuevo baile titulado la *Maschera*. Habíase dispuesto para ellos un estrado en medio del anfiteatro, puesto que ocuparon con una docena de oficiales agregados á su casa. Los embajadores se interesaron vivamente en el espectáculo, y el público les hizo una acogida benévola. En un entreacto fueron llevados entre bastidores, donde vieron con sorpresa el juego de la maquinaria y el movimiento del numeroso personal del teatro.

No hemos hablado á nuestros lectores de la última recepcion académica, porque á la verdad este acto pierde á nuestros ojos todo su interés cuando se convierte en una sesion puramente política. Así ha sucedido con M. Dufaure, notabilidad de primer orden en el foro, pero completamente desprovisto de todo título en la república literaria. Mas ya que nada hemos dicho sobre esta recepcion, en cambio señalaremos la presentacion del nuevo académico en Tullerías, pues es ceremonia de rigor en semejante caso.

Cuando los cuatro académicos que formaban la comision fueron introducidos en la sala donde se hallaba S. M., M. Villemain se adelantó y dijo:

— Señor, habiendo sido elegido M. Dufaure miembro de la Academia francesa en reemplazo del difunto duque Pasquier, tomó asiento el juéves 7 de abril y pronunció un discurso que va á tener la honra de entregar á Vuestra Majestad.

M. Dufaure se adelantó entonces y exclamó:
— Señor, tengo la honra de entregar á V. M. el discurso que pronuncié en la Academia francesa el juéves 7 de abril.

— Le leeré, respondió el emperador.
— Toda esta primera parte de la ceremonia se efectúa con arreglo á una etiqueta precisa, y las palabras pronunciadas son las mismas en todas las recepciones; pero una vez entregado el discurso en papel vitela y en letras de oro, se habló de una manera mas familiar.

— M. Dufaure, dijo el emperador, he leído vuestro discurso, y me ha parecido muy bien, me ha gustado. Han llamado particularmente mi atencion los párrafos en que habeis hablado bien del primer cónsul y del emperador Napoleon I. Vuestras palabras me han llegado al alma, y os doy gracias.

La crónica semanal nos suministra esta vez una aventura sumamente extraña, y que acaba de poner en conmocion á una parte del barrio aristocrático de París, el barrio de San German.

Una señora rica, noble y jóven aun, se habria considerado la mujer mas dichosa de este mundo si hubiese tenido un hijo; pero en los quince años que lleva de casada, el cielo se ha hecho sordo á sus votos.

Sin embargo, su deseo de tener una criatura habia llegado á ser tan vivo, que desesperando ya de poseerla propia, no cesaba de atementar á su esposo para que adoptase un huérfano.

— De este modo, le decia, no me encontraré enteramente sola durante los largos meses que paso en el campo, y conozco que acabaré por querer á ese niño lo mismo que si fuese un hijo de mis entrañas; adoptemos uno.

Pero el marido, que cuando está en el campo no se aburre,

porque se consagra á la caza y á la pesca, hacia el oido sordo á esta proposicion repetida muy á menudo.

Estando así las cosas, un suceso singular ha venido á satisfacer los deseos de la señora.

Ultimamente habia salido á paseo al bosque de Boulogne, cuando de vuelta en su casa se quedó atónita al ver en medio de su habitacion uno de esos cestos que acostumbran á llevar las lavanderas. Tiró de la campanilla para que le sacaran de allí, y la camarera, que acudió al punto, se quedó estupefacta viendo el cesto.

— Aquí no ha venido ninguna lavandera, exclamó, y no comprendo quién ha podido traer el cesto á esta pieza, pues yo no me he movido de casa, y nada he visto.

Y hablando así, se acerca y toma el cesto para llevárselo; pero le suelta inmediatamente y retrocede temblando, porque acababa de oír como un quejido.

La señora, que le oye igualmente, se asusta tambien; mas al cabo de algunos instantes de emocion, entrambas se aproximan al misterioso cesto, le descubren y encuentran un niño recién nacido tendido sobre unos paños de gruesa muselina.

La señora llama á sus criados é interroga á todo el mundo.

Nadie sabe nada, nadie ha abierto la puerta á una lavandera, y ni el portero la ha visto pasar.

¿Ha sido pues alguno de la casa?

Se emprende una visita minuciosa, pero nada se descubre, y la señora casi está tentada de creer que el cielo es quien la ha enviado un precioso niño que se propone adoptar, prévias las formalidades legales que requiere el caso.

Permitásenos ahora una ligera excursion fuera de París, hasta Inglaterra, donde acaba de morir un hombre que será célebre entre los mas excéntricos.

Este buen señor habia adquirido el grado de mayor en la compañía de las Indias Orientales, y habia llegado á la edad de setenta y ocho años.

Jamás recibia á nadie en el inmenso palacio que poseia en el Devonshire, y que tenia un aspecto sombrío y misterioso. Por dentro, en la pieza de honor colgada de adornos fúnebres, se veía un féretro de cristal en el cual habia una mujer perfectamente embalsamada sobre un cuadro de césped esmaltado de florecillas.

Cuentan los periódicos ingleses que refieren la anécdota, que un pariente por alianza del susodicho mayor, le habia legado una renta muy considerable que debia durar en tanto que su esposa estuviera sobre la tierra; y el mayor, para disfrutar siempre este legado, ejecutaba literalmente la condicion aquella, conservando «sobre la tierra» á su mujer, no obstante que habia muerto hacia mas de veinte años.

Los parientes del legatario habian intentado hacer que la justicia considerase el testamento como el acto de un loco; pero los tribunales ingleses admitieron su validez, y jamás se pudo sorprender en falta al mayor, pues ni un solo dia cesó de vigilar atento para que se cumpliese la voluntad del legatario.

Los teatros parisienses comienzan á resentirse del estado de la temperatura. En los Italianos, despues de la despedida de la Patti, la concurrencia es escasa. Ha vuelto la señora Lagrange, despues de haber obtenido en Madrid triunfos mas ruidosos que nunca, y se ha presentado de nuevo en París con la *Lucia*. La opinion del público parisiense no ha variado respecto de esta artista; en cuanto á Franchini que tanto realce da á la ejecucion de esta ópera, cada dia se crece mas, y podemos decir que está ya aceptado como uno de los primeros tenores de la época. El 14 de este mes de mayo tendrá lugar la última funcion de la temporada.

A pesar de la atmósfera sofocante que reina ya en los teatros, el del Gimnasio está muy concurrido en la actualidad, merced á una nueva pieza de M. Labiche, el maestro de la comedia ligera, que se titula: *¡Un marido que luce su mujer!* Todo un poema de necedad conyugal se encierra en esas palabras. Lucir la mujer, quiere decir aquí presentarla en la sociedad á los ojos de una muchedumbre idiota y deslenguada, renunciar á la dicha serena de la intimidad, entregar su gracia, su belleza, su inteligencia y sus defectos en pasto á la murmuracion, gastar su hermosura y su salud en veladas constantes, comprometerla por toda clase de inconsecuencias, acabar en fin, con su cuerpo y su alma, todo por el afán de figurar.

Esta pieza, llena de movimiento, de variedad, de sorpresas, de caracteres bien trazados, de situaciones cómicas, ha obtenido un triunfo extraordinario, al que han contribuido poderosamente los actores encargados de su desempeño.

MARIANO URRABIETA.

Baux, ciudad ruinososa en la Provenza.

A poca distancia del camino que separa las poblaciones de Arles y Tarascon, se extiende al Oriente una cordillera de montañas que llama la atencion por su hermosa forma y su color azulado ó dorado, segun las horas del dia y el estado de la atmósfera: son las Alpinas. Su masa fundamental es un calcareo duro perteneciente al terreno que los geólogos han llamado Neocomien, y sobre esta masa se encuentra en muchos sitios una capa de un calcareo mas reciente que se conoce con el nombre de *molasse* ó piedra de edificar. Cuando la capa inferior se ha levantado, cuando se ha desviado la costra superior y la accion de las aguas ha aumentado los efectos ya producidos, han resultado accidentes de terreno y formas muy extrañas, tales como se observan en el lugar donde yacen las murallas abandonadas de una ciudad que fué famosa en la edad media: la ciudad de Baux.

Este país y el interés que despierta no son sin duda desconocidos en todas partes, puesto que no es raro encontrar ingleses y alemanes en ese singular desierto. Sus bellezas pintorescas atraen tambien a las poblacio-

nes contiguas cuando disponen allí corridas de toros ó concursos de orfeones; pero á decir verdad, para lo restante del mundo los atractivos de ese país son ignorados completamente. Queremos reparar hoy esta injusticia.

Una carretera que parte de Arles y de Tarascon podría conducirnos hasta la elevada plataforma donde yacen las ruinas; pero preferimos tomar el sendero pedestre que arranca de Saint-Remy, pueblecillo que dista seis ó siete kilómetros, porque al principio de nuestro camino podremos saludar los dos monumentos bien conocidos de los anticuarios, el arco de triunfo y el soberbio sepulcro romanos; luego entraremos en un desfiladero de las Alpinas, y al cabo de una hora de marcha nos hallaremos en medio de esas piedras extrañas cubiertas de yedra y entremezcladas de higueras. Estamos en lo que llaman justamente el *Valle del Infierno*; pero desde que se ha hecho un camino practicable para las carretas procedentes de Arles, y desde que ha entrado por do quiera el furor de reedificar las ciudades, la roca que se presenta en el valle del Infierno bajo formas tan irregulares, se corta en pedazos, se transporta en carretas, y muy luego quedará trasformada en una calle imperial.

Nos despondremos de bajar á una gruta de una profundidad extraordinaria cuya abertura se halla en medio de estas rocas, y sirve de habitacion á innumerables legiones de murciélagos. Dejemos el valle del Infierno y dirijámonos hacia las ruinas que solicitan nuestra atencion; pero antes de subir la cuesta escarpada que á ellas conduce, trazaremos un apunte de los peñascos situados á la salida del valle del Infierno.

Llegados al nivel de las ruinas, flanquearemos la masa principal de las rocas para admirar al propio tiempo los picos inaccesibles coronados con los restos del castillo, y mas lejos, hacia el Oriente, las majestuosas ondulaciones de la cordillera de las Alpinas. Mas volvamos sobre nuestros pasos y penetremos en el centro de la antigua ciudad. Hay aqui un trastorno y una devastacion imposibles de describir. Los dibujos que ofrecemos son nuestros únicos medios de dar una idea de esas rocas hundidas, de esos restos de arquitectura pegados á algunos trozos de pared de casas sin tejado, sin puertas ni ventanas.

Estudiando el estilo de los ornatos y de las formas arquitectónicas de la mayor parte de esas casas, apenas se hallan indicios que puedan hacerlas remontar mas allá del siglo XVI.

Entre los numerosos dibujos de arquitectura que se podrian hacer en Baux y que tenemos el sentimiento de no poder dar aqui, hemos elegido la bonita ventana que ofrece esta inscripcion: *Post tenebras lux, 1571*; es decir, el letrero de las armas de Ginebra, lo que parece indicar que esta casa fué edificada por un calvinista. Unicamente la iglesia tiene partes que datan del siglo XII.

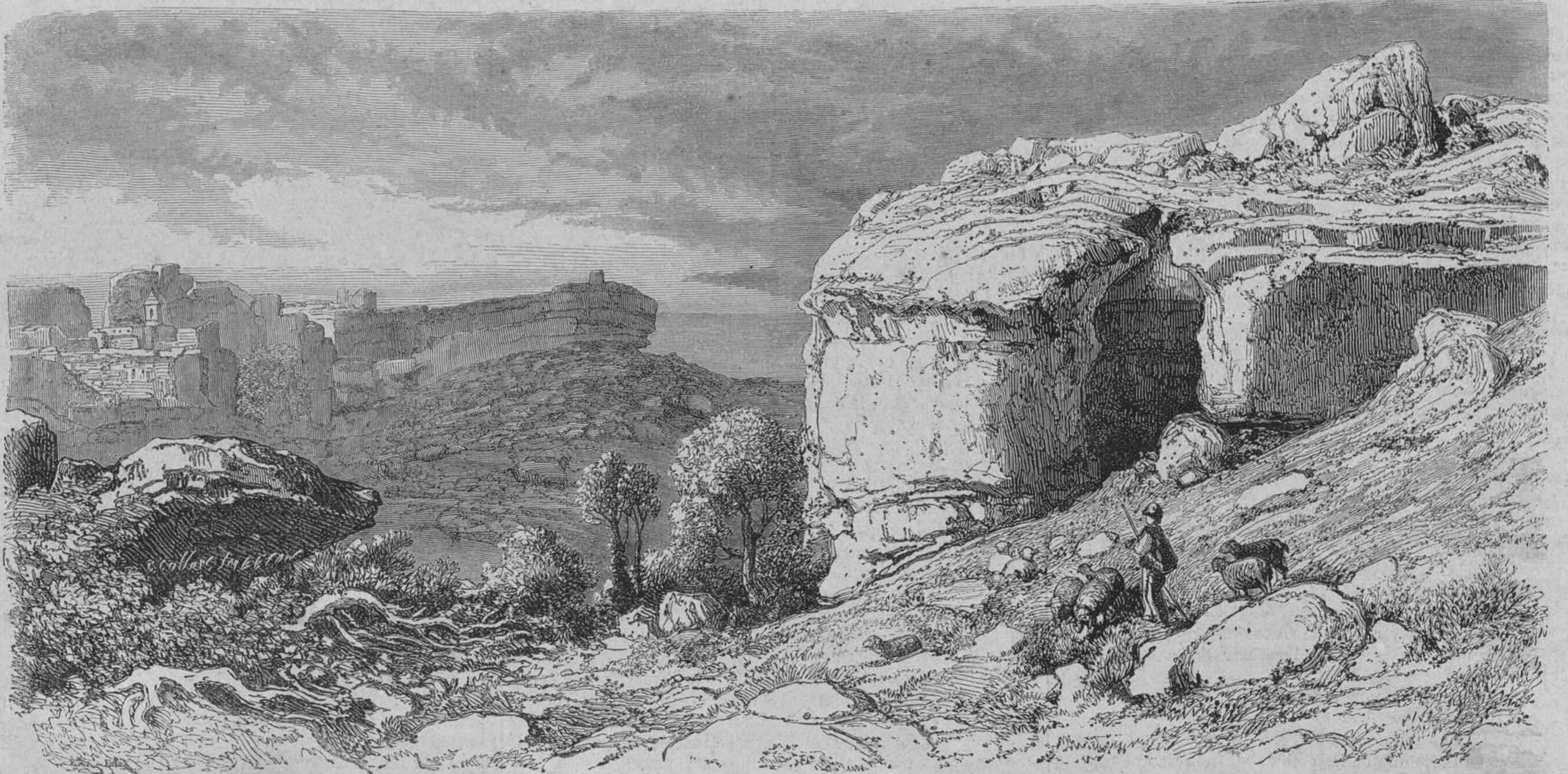
Si dejamos un momento las ruinas para pasar al sitio mas avanzado de la explanada, tendremos que admirar por un lado la cordillera de las Alpinas, y por el otro los profundos horizontes de la Crau y la Camargue. Esta plataforma termina en cortaduras verticales, y al pie de estas elevadas cortaduras, hay dos piedras bastante distantes una de otra y que presentan las dos los bajo-relieves que reproducimos. La naturaleza del trabajo y los caracteres de la inscripcion, muy poco legibles, indican una obra romana. ¿Eran piedras tumulares colocadas cerca de la via Aureliana que pasaba por ese sitio? Los habitantes contemporáneos del lugar han visto en las tres figuras las tres Marias, y habiendo hecho edificar una capillita al pie del peñon, acuden en romeria todos los años para celebrar la fiesta de las santas Marias.

El lector se sorprenderá al ver aqui esta palabra *habitantés*, porque el estado de ruina y abandono del país hace suponer que ningun ser humano puede vivir en él. Sin embargo, existe una poblacion que se compone de algunos centenares de pobres aldeanos, y hasta hay una posada bastante limpia. La obra de M. J. Canonge, redactada en vista de buenos materiales, no presenta de los siglos XI á XVII mas que una sucesion de señores que se coaligaban, reñian y peleaban, mientras los poetas cantan la hermosura de las damas, hasta que cansadas de la tirania señorial reclamaron las poblaciones contiguas. Entonces (1630) el castillo fué minado y destruido, y sus restos cayeron para no levantarse nunca.

No obstante este golpe terrible, Baux no murió enteramente. Hasta 1789 hubo allí un tribunal de justicia, y hemos tenido en la mano una sentencia, que desgraciadamente quizá para el bello sexo, no está ya en nuestras costumbres. El hecho es el siguiente: En los primeros años del siglo XVIII, un jóven de Baux fué condenado á muerte por haber engañado á una muchacha; pero pudo salvarse con la fuga. Lejos de la Provenza, se hizo soldado y se distinguió lo suficiente para que el rey anulase la sentencia del tribunal de Baux. La real cédula escrita en pergamino esta fechada el 7 de setiembre de 1707 y firmada por Luis XIV. Por la gracia del gran rey, el jóven volvió y se casó con la señorita.

« En otro tiempo, dice P. Merimée, era una ciudad florentina, estancia de una corte de amor, dominio de poderosos señores que daban podestás á toda la Provenza. Hoy es una vasta soledad... »

« La roca sobre la cual esta construida la poblacion es un calcareo muy tierno que se corta con facilidad, pero que se descompone y cae en eflorescencia al aire formando cavidades mas ó menos profundas y del mas variado aspecto. Su blandura y su compacidad han dado sin duda á los primeros habitantes de la aldea el pensamiento de cortarse una poblacion en la peña viva, en

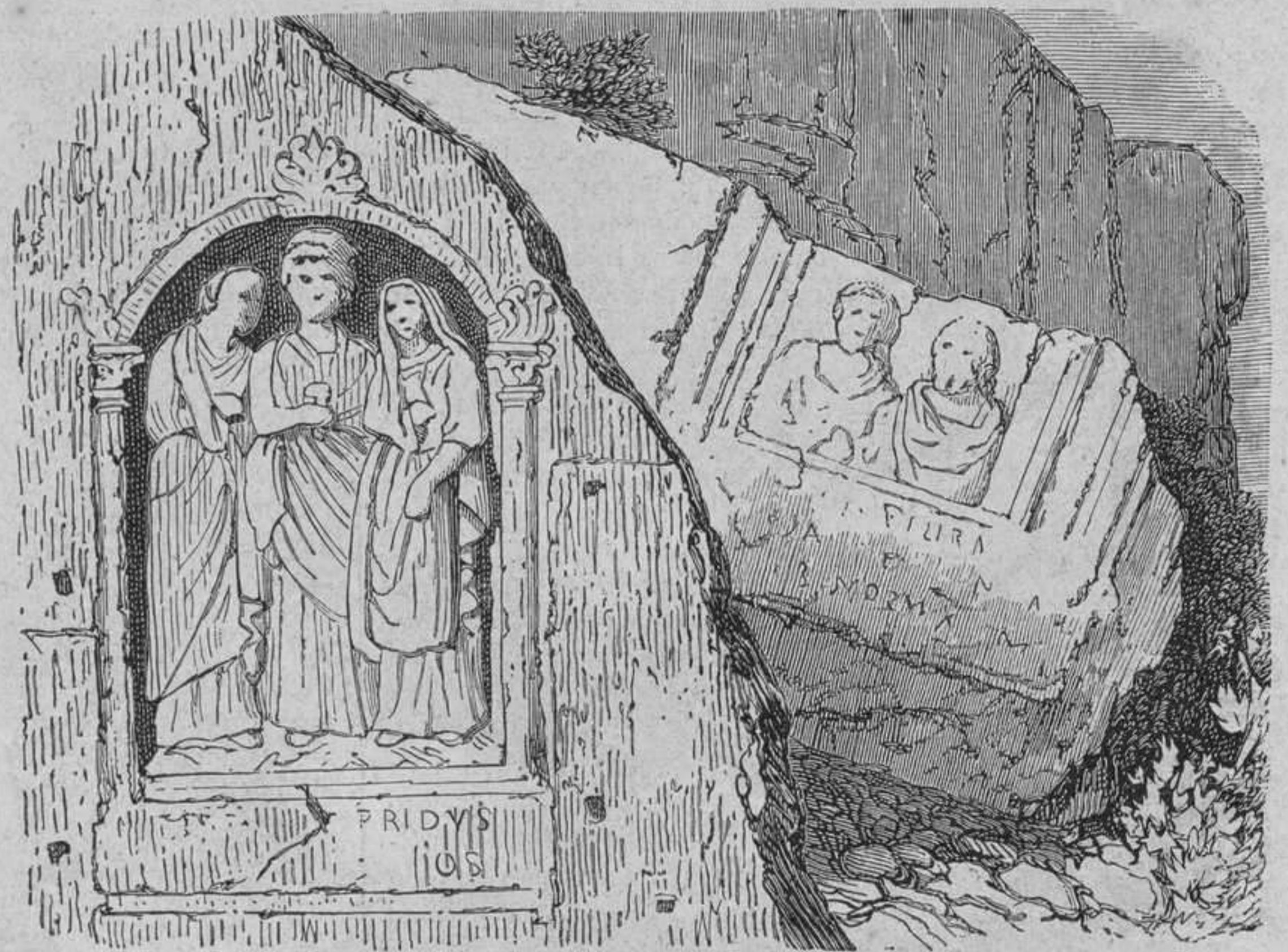


Baux, ciudad ruinosa en la Provenza.

vez de elevar casas y paredes amontonando piedras sobre piedras. Hicieron torres vaciando grandes cubos de rocas. Las murallas son trincheras de piedra de un solo trozo. Muchos cuartos se han practicado en las casas de la misma manera. Es imposible describir las ruinas extrañas que forman esas enormes masas al hundirse.

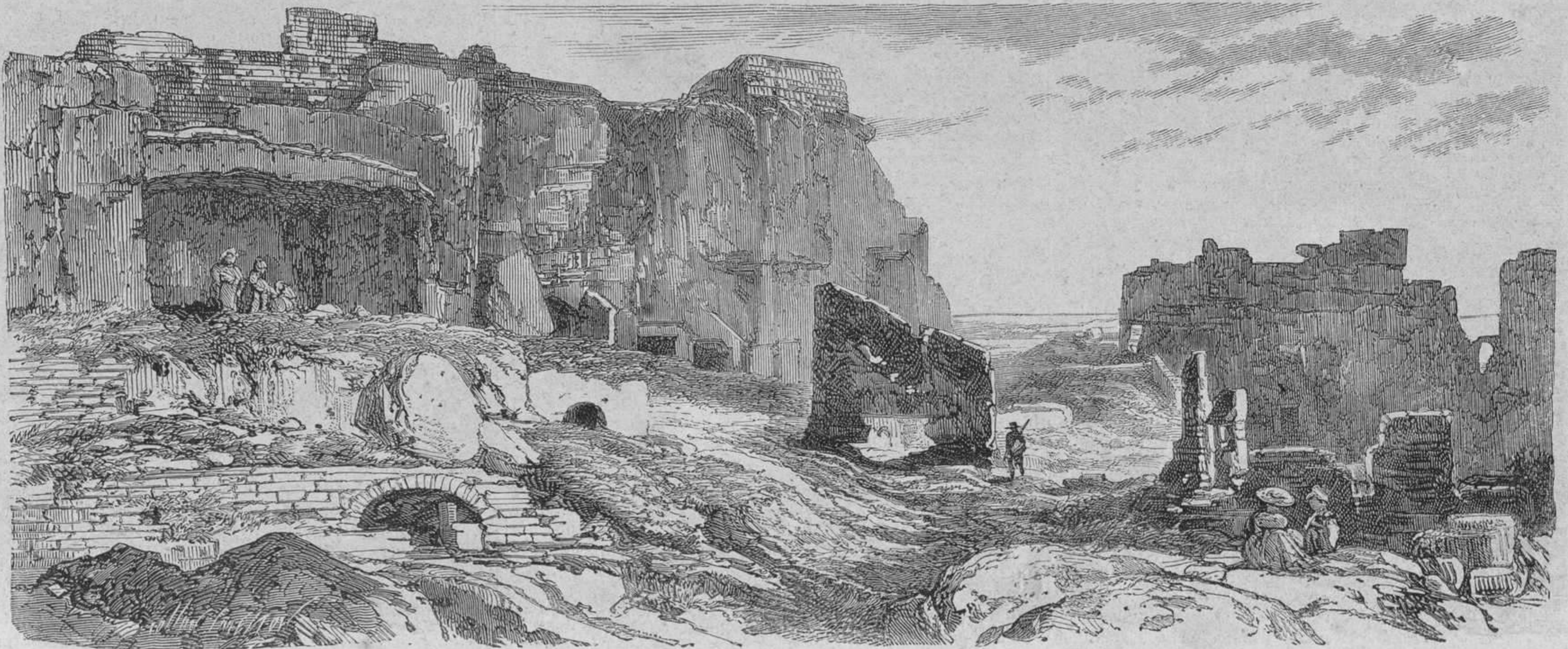


Ruinas del hospital.

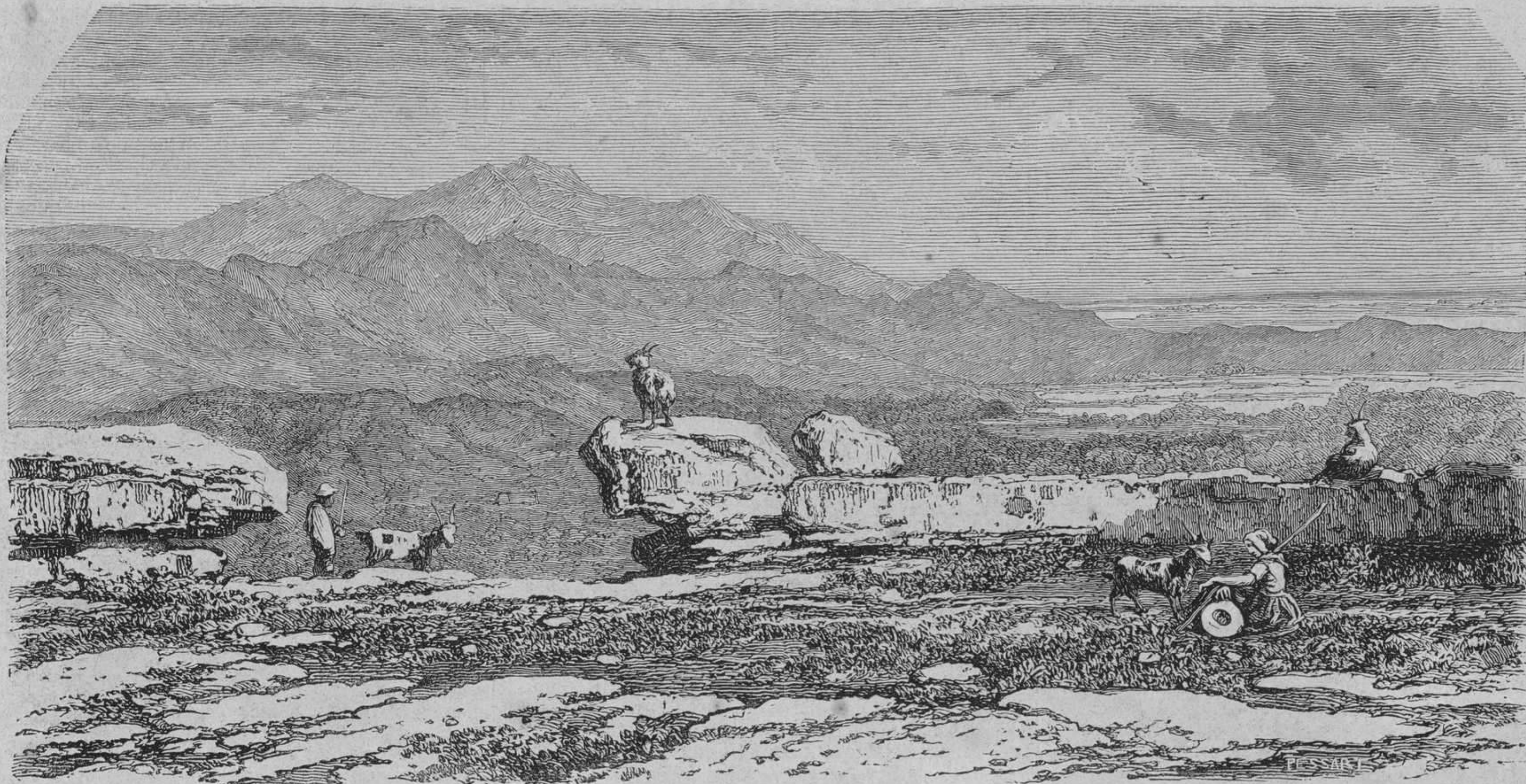


Bajo-relieves romanos.

» ... Nada mas extraordinario que esta ciudad que podría contener al menos seis mil almas, y en la que cuesta trabajo hallar un habitante. Muchas casas tienen bonitas fachadas al estilo del renacimiento del siglo XV; pero las ventanas están rotas, las techumbres medio destruidas, y las puertas carecen de cerradura. Una do-



Parte oriental de la explanada.



Las Alpinas, vistas desde el extremo de la explanada.

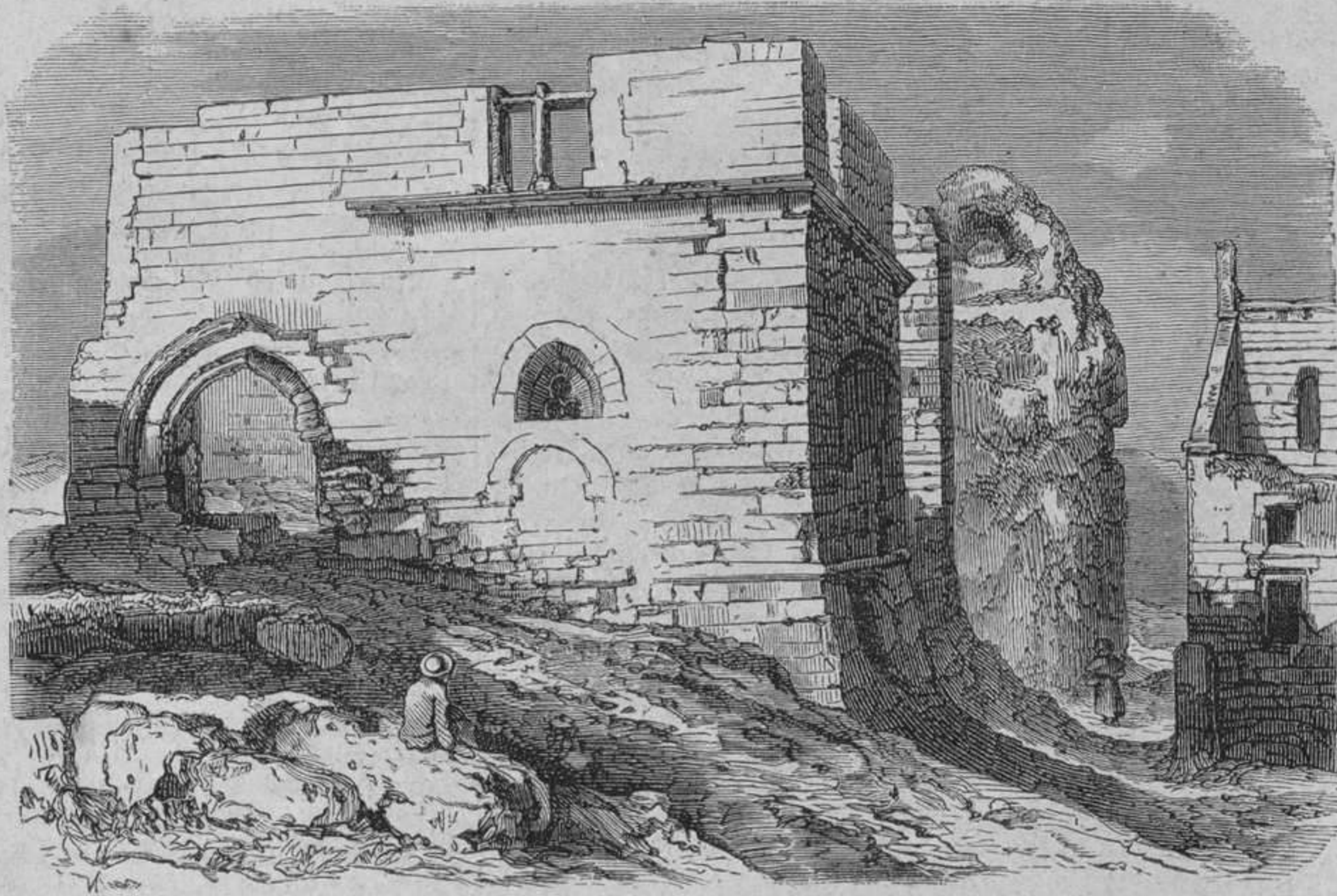
cena de mendigos componen toda la poblacion. En una pared he leído esta inscripcion: *Oficina de correos.*

¿Quién puede escribir en Baux? Ni siquiera hay una taberna. Me han dicho que la casa principal se alquila-

ria por diez francos al año, si fuera posible descubrir su dueño. Los mendigos errantes y los gitanos que á veces



Ventana con la inscripcion : *Post tenebras lux.*

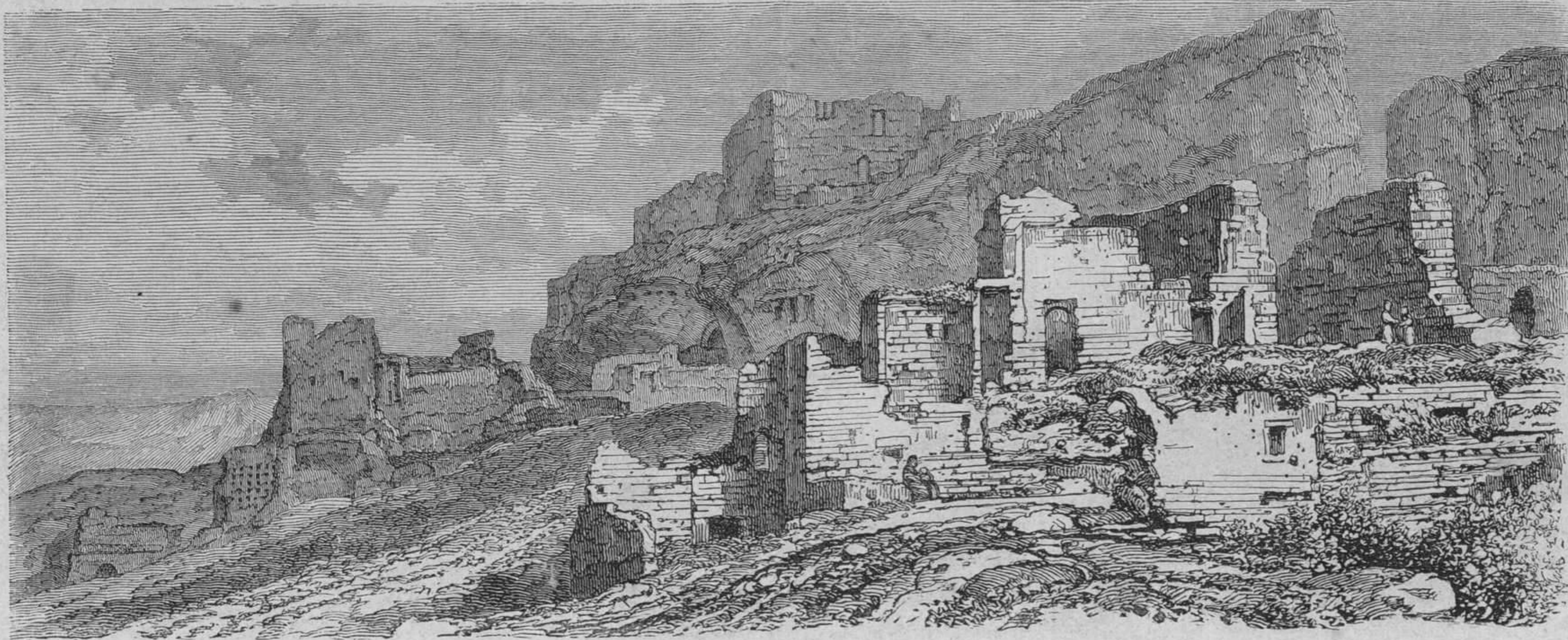


Casa contigua á una iglesia en el barrio del Hospital.

llegan á Baux, empujan una puerta desvencijada y se instalan por algunos dias en una de esas antiguas vi-

viendas, que muy luego abandonan para proseguir su correria vagabunda.

» El espectáculo de una ciudad romana de la que solo quedan substrucciones, habla mucho menos á la ima-



Ruinas del barrio del Castillo.

gincación que el de esta ciudad *habitabile* y que nadie habita. Media la diferencia que existe entre una catástrofe contada y un desastre que se tiene a la vista. »

Esta apreciación trazada por la pluma de un célebre escritor joven entonces, contiene ciertamente algunas inexactitudes. Es verdad que no han pasado treinta años sobre esas ruinas y sobre la pequeña población que las habitaba, sin producir alguna modificación en el estado social y en el estado de las murallas, y aun de los peñascos; pero el carácter del lugar ha quedado como le describe M. P. Merimée. Este carácter es profundamente interesante para el naturalista, el historiador filósofo y el artista.

El poeta alemán, desterrado político, Moritz Hartmann, con quien recorrimos hará unos quince años el sudeste de la Francia, consagró también a la ciudad de Baux varias páginas de su *Tagebuch aus Languedoc und Provence*. Traduciremos algunas que ofrecen, como las de M. Merimée, muy justas apreciaciones.

« Cuando la ciudad de Baux se presenta de repente por primera vez a los ojos del viajero, parece que se vultura un juego de la naturaleza que imita de un modo gigantesco los monumentos que hacen los hombres. En efecto, se ve una ciudad considerable que ostenta toda la riqueza arquitectónica de la edad media, con torres y murallas, palacios, iglesias, capillas, hospitales, escaleras, balcones, azoteas; una ciudad que quizá no ha tenido su igual, una especie de castillo fabuloso que solo se hallaría en Q. Curtius cuando cuenta las campañas de Alejandro. Todas esas ruinas manifiestan una magnificencia que ha desaparecido, como si la población no hubiese tenido más que príncipes por habitantes, y de una belleza artística como si sus habitantes hubiesen sido todos poetas. Es que efectivamente así era. Hoy ese temido castillo carece de secretos. El viento silba a través de los salones, y sus murallas están bañadas por el ardiente sol de la Provenza. »

En el día el lujo se ha convertido en miseria. Recorriendo las calles se ven sentadas en algunas puertas pobres mujeres con sus hijos cubiertos de harapos. En conclusión, la ciudad de Baux es como un cadáver abandonado que se pudre al aire libre. J. B. L.

Aureliano.

PRIMERA PARTE.

ESCENAS HISTÓRICAS DEL SIGLO V.

(Continuación.)

Como Clodoveo no podía tener más de veinte y cinco años, los frescos matices de la juventud coloreaban sus mejillas, y su bigote presentaba aun la graciosa flexibilidad propia de la edad. Llevaba muy larga su cabellera de un rubio dorado, en señal de su descendencia de la raza soberana de los Merovingios. Los bucles ligeramente ondulados caían hasta los hombros, y en la frente los sujetaba un círculo de oro.

Su traje muy sencillo consistía en un manto cuadrado de tela de un azul oscuro prendido en el hombro, y debajo del cual llevaba una vestidura de un color más claro que solo bajaba hasta las rodillas; sus piernas estaban cubiertas con unos paños que sostenían correas cruzadas. El calzado era de cuero.

Una espada tan grande que llegaba a su pecho, colgaba de un tahali; y un cinturón de cuero, en el que había una bolsa y un puñal, ceñía sus riñones.

Aunque Clodoveo era joven, sus formas atléticas, su viril hermosura y su mirada de águila imponían un profundo respeto. Su fisonomía era por lo común majestuosa y serena; pero si una pasión enérgica hacía hervir su sangre, tomaba al punto una expresión de ira. Así cuando el joven jefe, bajo la influencia de su naturaleza salvaje del Norte, lanzaba en su derredor miradas iracundas, los más valerosos de los francos temblaban, pues les parecía la verdadera imagen del poderoso *Dis*, dios de la venganza y de la guerra.

Un solo hombre podía calmarle en estos casos, y era su confidente Aureliano, al que profesaba un profundo afecto. Aureliano le hablaba siempre de los altos destinos que le esperaban, y le obligaba a comprimir su cólera mostrándole un objeto más elevado.

En tanto que Clodoveo se hallaba abismado en sus reflexiones, acertó a entrar Aureliano, y viéndole con el rostro sombrío, le preguntó:

— Clodoveo, ¿qué nube oscurece vuestra frente?

— Pienso en mi casamiento, respondió el joven jefe con amargura.

— ¿Y eso os entristece? Sin embargo, habeis aceptado ese enlace como una inevitable necesidad.

— ¡Por la negra Helia! (1) exclamó Clodoveo, me haces cometer una felonía; la imagen de esa mujer me persigue como una sombra; no la amo.

— Me espantais, dijo Aureliano; dominad vuestro despecho, ó si no vais a destruir vuestro porvenir.

— ¿Y no valdría más destruir lo que se atraviesa en mi camino?

— Lo que se os pide es el premio de una radiante corona de rey.

(1) Esta diosa reinaba en el mundo subterráneo y guardaba las almas de los que morían en su lecho. Según la religión de los francos, solo una muerte violenta daba derecho a pasar a mejor vida.

— Y que está por conquistar.

— La conquistareis.

— Supon que no la alcance, me quedaré con la mujer... Yo tengo pensamientos más viriles; quiero desafiar al combate a Raganhaire: quiero matarle por mi mano, rechazar a su hermana, y solo con mis leudes ir a buscar en la Galia la muerte de los héroes ó el triunfo.

— Es imposible; os vencerían los romanos.

— ¿Qué me importa? las walkyries me llevarían al eterno Walhala (1).

Clodoveo permaneció algunos instantes con la cabeza baja, y luego como Aureliano volviese a deplorar la pérdida de tantos esfuerzos, le dijo:

— Tranquilízate, Aureliano; me inclinaré bajo el yugo de la necesidad; pero aquel que me humilla así sabrá un día lo que le cuesta mi humillación. ¡Raganhaire! el porvenir está preñado de cosas sangrientas.... En cuanto a Lutgarda, la tendré compasión; me ama, no la diré una palabra amarga, y si es posible seré afectuoso con ella: ¿estás contento?

— Gracias, Clodoveo, repuso el galo-romano; confío en que sabreis cumplir tan buena resolución...

— No hablemos más de esto: ¿tienes noticias de la Galia?

— Muy buenas; mis esfuerzos han producido buenos resultados.

— ¿El poderoso obispo de Reims ha contestado á tu último mensaje?

— Remi ha venido aquí durante vuestra ausencia, y me ha dicho que ha hecho comprender por fin á los obispos de la Galia, que si han de elegir un soberano entre jefes que profesan otra religión, no deben pensar más que en vos. Les ha prometido en vuestro nombre que dejaríais entera libertad á los cristianos de la Galia, y que los protegeríais contra las agresiones de los arrianos.

— ¿Y qué han resuelto?

— El obispo dice que los cristianos no ayudarán al gobernador romano. Esperarán lo que decida la suerte de las armas, y si Dios protege á los francos, os acogerán y os secundarán en la fundación de un reino fuerte y duradero. Añade que la población de las ciudades aguarda con esperanza vuestra llegada; se desea á los francos para que el país no caiga bajo la dominación de los arrianos, y porque se confía en el poder y la generosidad de Clodoveo.

— Muy bien, repuso el jefe franco con visible satisfacción: escribe hoy á Remi que cumpliré mis promesas, pero que no deseo en la guerra ni su concurso ni el de los cristianos; mis leudes les rechazarían como un ultraje, y quizá los ases (2) en su ira me negarían la victoria... tranquilízate, es hora de que me prepare á ir al mahlberg.

— Otra noticia; el rey de los borgoñones, Chilperico, llegará hoy probablemente á Tournay...

— ¿Tan pronto? ¿Cómo lo sabes?

— Ha enviado á dos de sus leudes que han sido recibidos por vuestro conde del palacio Sigebaldo, Chilperico os pide la hospitalidad por los días que ha de estar aquí.

— Que le preparen habitaciones: parece que tiene prisa; apenas ha podido recibir mi salvo-conducto y llega ya... Cuenta proponerme una alianza: ¿con qué objeto?

— Lo ignoro... sabreis que le acompaña su hija menor...

— No le hace; aposentos no faltan.

— ¿Y si se presenta estando vos en el mahlberg? ¿Se le hará esperar?

— Si quiere descansar que descance; si quiere ir al mahlberg, verá que Clodoveo aunque no es rey manda á muchos y valientes guerreros. Tú quédate para recibirle, y si gusta, para acompañarle.

Clodoveo salió de la sala, y á su señal las trompetas resonaron por todas partes.

Aureliano reflexionó algunos instantes, y luego dijo con una voz alterada por la emoción:

— ¡Ay! ¡A qué grado de baja ha llegado la humanidad! La suerte del mundo civilizado depende de la decisión de algunos bárbaros (3). En el mahlberg, ante el altar de los feroces dioses del Norte se va á decidir el porvenir de la más bella parte del mundo... ¿Si se realizarán los temores del obispo? Yo que debo tranquilizar á los otros, no siento ningún reposo en mi corazón: ¿qué misterio nos aclarará el día de hoy? ¿Preparará triunfos ó calamidades? Dios solo lo sabe... ¡imploremos su misericordia!...

Se arrodilló, inclinó la cabeza sobre el pecho, cruzó las manos y permaneció inmóvil sumergido en una dolorosa meditación.

II.

Por cada lado de la ciudad de Tournay el terreno se eleva al borde del Escalda en verdosas colinas que cortan el horizonte.

Varias de estas colinas estaban dominadas por risueñas moradas campestres construidas por los romanos; una sola se hallaba coronada de árboles gigantescos cuyo sombrío follaje se destacaba en el cielo como una

(1) Según la creencia de nuestros antepasados, las almas de los héroes muertos en el combate, eran conducidas á la feliz estancia el *Walhala*, por vírgenes celestes llamadas *walkyries*.

(2) Los francos daban á sus dioses la calificación genérica de *ases*, y hasta que se introdujo el cristianismo, no emplearon la palabra *God* (Dios) para designar al Ser Supremo.

(3) Los romanos designaban con el nombre de bárbaros á todos los pueblos que hablaban otra lengua que el latín.

negra masa de rocas: era la entrada de la selva sagrada de los francos. Todo lo que allí crecía y vivía estaba consagrado á sus dioses; jamás el hacha ni el cuchillo podían tocar la corteza de los árboles sagrados, y todo animal que buscara allí un refugio, todo malhechor condenado que pudiese alcanzar sus límites, hallaba un inviolable asilo. Por esta razón algunos hombres pertenecientes á la casta sacerdotal y que llevaban el nombre de *guardianes del lugar santo*, vigilaban en las salidas de la selva para herir á los animales dañinos ó á los culpables fugitivos en cuanto la necesidad ó el acaso les hacían abandonar la tierra consagrada.

En las profundidades de la selva se extendía una vasta llanura cuya superficie estaba enteramente despojada de árboles, y allí se elevaba el templo, la morada de los sacrificadores, de los cantores sagrados, de los guardianes del lugar sagrado y de los demás sacerdotes. Esta llanura se llamada *wyhof*, y cuando se reunían los guerreros *mahlberg* ó *dysveld* (1). Por el lado del Oriente á la orilla de la selva se alzaba el altar ó *wytofel* (2) formado de piedras en bruto sostenidas por otras piedras llanas y de mayor superficie. Delante del altar había hachas, cuchillas y martillos de pedernal; los francos no empleaban jamás instrumentos de hierro ni de acero en sus ceremonias religiosas.

A alguna distancia se veían calderos de agua hirviendo sobre grandes hogueras, que destinaban á cocer la carne de las víctimas y á preparar la comida solemne.

Al rededor de la llanura y hasta en una parte de su superficie había mesas y bancos formados de tablones apenas trabajados y fijos en el suelo. Muchas de estas mesas tenían una techumbre de follaje, distinguiéndose entre todas una por los adornos que ostentaba: era la del jefe supremo y se llamaba la *mesa del señor*.

El lugar estaba bien elegido para despertar en las almas el temor y el respeto de Dios. Por do quiera le circundaban árboles seculares en cuya enramada se perdía la luz; la selva se hallaba adornada con los esqueletos de los animales inmolados en sacrificio sujetos á los troncos de los árboles, y la habitaban miles de cuervos, aves sagradas, emblemas de Odin, el primero de los ases. Por todas partes en la selva la oscuridad y el silencio interrumpido solo por el lúgubre grito de los cuervos.

Una hora antes de que los francos debiesen reunirse en el *mahlberg*, el *wyhof* estaba ya cubierto de hombres armados que hormigueaban como un enjambre y hablaban de la elección del jefe supremo y de la guerra contra la Galia.

Estos hombres belicosos se hallaban todos vestidos de la misma manera, es decir, con un ropon de lana de color oscuro, unas bragas que envolvían sus piernas y un cinturón labrado.

Su cabellera estaba sujeta en lo alto de su cabeza de modo que su punta caía á un lado y ondeaba como un penacho. Su color era rubio ó rojo, y encendían más aun el tono ardiente de su cabello lavándolo con una decocción corrosiva de cal y ceniza. El que tenía el pelo castaño ó negro ó no tenía los ojos azules ó pardos, era considerado y tratado por ellos como un extranjero.

En cuanto á la barba, solo se dejaban el bigote.

Su armamento consistía primeramente en una larga pica guarnecida en su extremidad con puntas encorvadas y que llamaban *priem* ó *framea* (3); siempre la tenían en la mano y la empleaban para atravesar al enemigo de cerca ó para alcanzarle de lejos. Un hacha de dos filos colgaba de su cinto (4), y su brazo derecho llevaba un escudo de madera cubierto de cuero de buey.

En el traje más lujoso y las armas más adornadas de varios de ellos se podía conocer que no todos eran del mismo rango. Los unos que parecía mandaban á los otros, no llevaban *framea*, pero si una grande espada de combate pendiente del tahali. Eran miembros de altas familias, que como jefes de aldeas, ejercían de tiempo en tiempo la baja justicia, y en tiempo de guerra se ponían á la cabeza de sus hombres. Llamábanse *edelingen* (5), y ellos habían llevado de diferentes puntos del país á los francos, para que tomaran parte en el banquete solemne.

Muchos hombres sin armas con el cabello rapado circulaban entre los guerreros, y como estaban cargados con algún objeto y obedecían en silencio á las órdenes de los hombres de armas, se podía conocer que eran criados. Estos sirvientes no disfrutaban de la libertad, y se llamaban *schalken*, nombre común á todos los servidores que no eran libres.

La hora de la reunión se acercaba, y ya los sacrificadores y los demás sacerdotes llevaban las víctimas en torno del altar; los *edelingen* indicaban á sus hombres el sitio que debían ocupar durante la solemnidad.

De repente se oyen trompetas en la selva, y todos los guerreros corren y se forman en dos filas en el centro de la llanura. Los sacrificadores y los cantores componen una doble línea á cada lado del altar.

Muy luego aparece una numerosa comitiva de jinetes á cuya cabeza marchaba Clodoveo en un potro indómito. El animal lanzaba en su derredor copos de espuma y hacía violentos esfuerzos para libertarse del peso que le abrumaba; pero la poderosa mano de Clodoveo le hacía tascar el freno con una irresistible fuerza.

(1) Véanse las notas sobre el *Mahlberg* y el *Dysveld*.

(2) Mesa consagrada.

(3) Así llamada por los romanos, con una doble punta á cada lado, casi análoga por la forma á las flores de lis que figuraban en las armas de Francia.

(4) Los francos la llamaban *frankart*.

(5) De esta palabra proviene *edel*, *edelman*, *adel*, *dom* (noble, gentilhombre, nobleza).

A la derecha de Clodoveo cabalgaba Lutgarda, su prometida, que debía contener también un alazan brioso. Al ver su altiva audacia se habría dicho que un corazón de hombre latía en el seno de aquella mujer: y hasta sus facciones podían despertar esta idea, pues no tenían nada de femenino, ni la graciosa suavidad de la mirada, ni el hechizo seductor de una modestia virginal. Por el contrario, su mirada era dura; no sé qué de insolente resplandecía en sus ojos como si hubiese querido rivalizar con los guerreros que la rodeaban; su boca no conocía la amable sonrisa, sino la expresión de un arrogante orgullo. Y sin embargo, había regularidad en sus facciones, y se habría podido ensalzar su belleza si un solo destello de dulzura la hubiese iluminado.

Los francos al verla pasar creían reconocer en ella a una heroína, y la prodigaban numerosos testimonios de respeto y de admiración.

Lutgarda estaba enteramente vestida de blanco, y salvo un cinturón de púrpura, no se observaba ningún color en su traje. Su larga cabellera rubia caía en bucles ondulados sobre su espalda y sus hombros.

La seguían cuatro jóvenes a caballo vestidas como ella, con el vestido de las vírgenes, y con la cabellera larga, señal del celibato.

En medio de estas jóvenes se adelantaba Sigebaldo, conde del palacio de Clodoveo y pariente de Lutgarda, que llevaba en el brazo una magnífica copa de plata, la cual debía ser regalada por Clodoveo a Lutgarda, como presente de desposorios.

A la izquierda de Clodoveo cabalgaba el hermano de Lutgarda, que mandaba en Cambrai.

Cerraban la marcha algunos de los principales *edelingen* de Tournay y de Cambrai.

Apenas aparecieron los dos jefes a los ojos de la multitud, cuando en señal de respeto y de alegría todos los guerreros comenzaron a pegar con la framea en su escudo sonoro, ó hicieron resonar sus armas de otro modo.

Un ruido extraño y espantoso se oyó en la selva; legiones de cuervos espantados con aquel estrépito tomaron su vuelo y llenaron el aire con sus graznidos.

Pero en breve al tumulto sucedió un respetuoso silencio; el cortejo se apeó y los caballos fueron llevados a la selva.

Los jefes se adelantaron con su comitiva en medio de los *edelingen* hasta el lugar sagrado, en donde los sacerdotes y los cantores con el hacha y el martillo en la mano estaban dispuestos a comenzar la ceremonia.

Ramoldo, el gran sacerdote, se adelantó algunos pasos. Vestía de encarnado como los demás sacrificadores; una corona de muérdago, planta a que atribuían muchas virtudes y que consagraban a los dioses, ceñía su cabello, y una larga barba cana caía hasta su cuello.

En el cinto llevaba un cuchillo de pedernal, sin vaina. Se detuvo delante de los jefes, y les preguntó con voz lenta y solemne:

— Señores, ¿qué venis a buscar en la santa morada de los ases?

Clodoveo respondió:

— Venimos a buscar la protección de Odin, de Thor y de Freya, la protección de todos los dioses y de todas las diosas.

— ¿Habeis ofrecido a los ases un sacrificio que os los haga propicios?

Clodoveo señalando a las víctimas contestó:

— Inmolad dos caballos blancos en honor de Odin, cuatro carneros en honor de Thor, y dos bueyes en honor de todos los dioses y las diosas.

El gran sacerdote se volvió e hizo una señal a sus compañeros.

Los dos caballos blancos fueron puestos delante de la mesa sagrada.

En tanto que los sacerdotes conducían igualmente a las demás víctimas, el gran sacrificador se arremangó hasta los codos y tomó su cuchilla entre sus dientes.

Levantó el martillo de piedra sobre su cabeza, le hizo dar vueltas, apuntó al primer caballo a la nuca y le dió un golpe tan formidable, que se oyó romperse la columna vertebral.

El animal se agitó convulsivamente en el suelo y quiso hacer esfuerzos para levantarse; pero el sacrificador se lanzó hacia él, le apoyó la rodilla en la nuca y le cortó la arteria yugular. La sangre que saltó con fuerza fué recogida en grandes copas de cobre y echada en una vasija.

Así que el sacrificador hubo arrancado el corazón, el pulmón y el hígado del caballo y los hubo depositado sobre el altar en honor de los ases, los demás sacerdotes arrastraron el cuerpo de la víctima, la desollaron, la despedazaron y arrojaron los trozos en las calderas llenas de agua hirviendo. La cabeza guarnecida aun con la carne y la piel fué colgada en el tronco de uno de los árboles de la orilla del bosque en medio de los esqueletos de otras víctimas anteriormente inmoladas.

En esto el gran sacrificador daba muerte de la misma manera a los demás animales ofrecidos por Clodoveo para esta solemnidad, y al cabo de algunos instantes el altar estuvo cargado de las entrañas humeantes y ensangrentadas de las víctimas.

Entonces la sangre mezclada fué de nuevo vertida en las copas; cada sacerdote tomó con una mano una rama de muérdago, y con la otra una copa llena de sangre.

El gran sacrificador mojó la rama en la sangre y roció no solo a los jefes sino a Lutgarda y a sus compañeras, que lejos de sustraerse a tan terrible lluvia, trataron de recibir el mayor número de manchas de sangre sobre sus blancos vestidos...

La bendición de los dioses acompañaba a esta sangre por do quiera que caía.

Los demás sacerdotes se alejaron en todas direcciones a fin de hacer partícipes del solemne sacrificio a todos aquellos que se hallaban en el lugar sagrado rociándolos con la sangre.

Durante este tiempo Clodoveo y Lutgarda asidos de la mano estaban en un lado con Raganhaire, y Sigebaldo, el conde del palacio, en otro.

Lutgarda parecía contenta, en tanto que Clodoveo estaba triste y distraído. Sin embargo, la joven no observó su desvío, y como si pensara que por el contrario participaba de su alegría, de tiempo en tiempo le estrechaba la mano con efusión. Estas muestras de amor turbaban a Clodoveo y le hacían estremecer de ira y de tristeza.

Muy luego los sacerdotes estuvieron de vuelta con las copas sangrientas.

Entonces el gran sacrificador Ramoldo se acercó de nuevo a los dos jefes, y dijo a Clodoveo:

— Señor, os aproximáis al altar de los dioses a fin de invocarlos como testigos de la promesa que haceis de tomar a esta mujer por esposa al cabo de cuarenta noches trascurridas.

Clodoveo, como si no hubiera oído, continuó con la vista fija en la tierra.

El semblante de Raganhaire se oscureció, y un sordo murmullo de cólera se escapó de su pecho. Sigebaldo se estremeció como si presintiera una desgracia. Lutgarda tembló violentamente; estrechó la mano de Clodoveo y le miró con ojo escudriñador, pero no observando en sus facciones más que una distracción inusitada, se calmó y dijo con interés:

— ¿Estais conmovido, Clodoveo? El instante es solemne; también mi corazón palpita...

Una mirada de indignación fué la respuesta de Clodoveo.

— Señor, señor, ¿qué haceis? murmuró Sigebaldo a su oído; vais a romper la federación franca...

Esta advertencia hizo estremecer a Clodoveo y se acordó de la necesidad que pesaba sobre él y de las palabras de Aureliano. Meneó la cabeza como para sacudir pensamientos importunos, se volvió hacia el gran sacrificador, y dijo con solemnidad:

— Tomo a los dioses por testigos de que al cabo de cuarenta noches trascurridas, tomaré por esposa a la mujer aquí presente, Lutgarda de Cambrai, si ella acepta un regalo de desposorios.

Un profundo suspiro se exhaló del pecho de todos los espectadores, como si su corazón se hubiese descargado de un gran peso. El peligro que les había amenazado un instante había pasado.

Lutgarda con el rostro radiante de alegría, contestó:

— Señor, acepto con humildad vuestro regalo de desposorios, y prometo ser para vos una fiel compañera, una sirvienta afectuosa en la alegría como en el dolor.

El conde del palacio Sigebaldo, la presentó la copa de plata y dijo:

— Querida sobrina, que vais a ser mi soberana, os felicito y doy gracias a los ases porque han bendecido y fortificado la federación franca con esta alianza de la sangre más noble de los Merovingios.

Lutgarda echó al conde una mirada de singular benevolencia, y dió la copa de plata a una de las que la acompañaban.

Entonces Raganhaire puso la mano sobre el hombro de Lutgarda, y dijo:

— Soy testigo de la promesa de mi hermana Lutgarda.

Sigebaldo tocó a su vez el hombro de Clodoveo, y dijo:

— Soy testigo de la promesa de mi señor Clodoveo.

El gran sacrificador unió de nuevo las manos de los desposados.

— Id, dijo, que la tierna Freya sea con vosotros, y que después de cuarenta noches os vuelva a traer ante el altar de Odin. Los ases son testigos de vuestra reciproca promesa; ¡desgraciado de aquel de vosotros que falte a ella!

Dichas estas palabras, aspergó de nuevo a los desposados con la sangre de las víctimas.

Todos los guerreros siguieron con viva atención el curso de la ceremonia, y cuando conocieron por aquella última aspersión que los desposorios estaban consumados, hicieron sonar por segunda vez sus escudos, atronando los aires con aquel alegre testimonio de su aprobación.

Los cabellos sueltos de la desposada fueron recogidos en trenzas aplastadas por sus compañeras, durante la ceremonia, y sujetos con alfileres de oro en la parte superior de la cabeza; y terminada la parte religiosa de la solemnidad, se dió principio al *mahlberg*.

A una señal de las trompetas, los guerreros se colocaron en líneas regulares en la linde del bosque sagrado, agrupándose en diferentes cuerpos según el lugar que habitaban.

Unos treinta *edelingen* se unieron a los dos jefes, y tomando en una mano el gran sacrificador una tablilla de madera, y en la otra un punzón de acero, acompañó también a Clodoveo y Raganhaire.

Aquella numerosa comitiva se dirigió hacia la cabeza de la columna, y cuando llegó al frente de los primeros destacamentos, un *edeling* salió de las filas y gritó con voz fuerte:

— ¡Las gentes de Tournay representan aquí mil docientas frameas!

Después de algunas preguntas hechas por varios *edelingen* sobre la exactitud de aquella aserción, el gran

sacerdote inscribió en la tabla el nombre de la ciudad y la cifra de los hombres enunciados, empleando en aquella inscripción, no las letras romanas, sino otros caracteres distintos que usaban casi todos los pueblos del Norte y se llamaban *runes* (1).

Al pasar por delante del segundo destacamento, gritó otro *edeling*:

— ¡Las gentes del país de Flandes, mil quinientas frameas!

La comitiva siguió así su marcha por el frente del ejército, recogiendo la cifra del número de hombres que proporcionarían los diversos cantones para la guerra contra los romanos.

Pasáronse muchos destacamentos, entre los que figuraban los de Amberes, países de Waas, Thourout, Courtrai, Brabante y la antigua Toxandria, y se supo que las gentes de Theruana en el país de los Moriis no darían contingente alguno, porque Cararik, su jefe, se había dejado persuadir por el gobernador romano Siagrius de la conveniencia de guardar neutralidad.

En el momento en que la comitiva se disponía a proseguir su marcha se oyó resonar repentinamente en la selva un toque de trompetas, cuyo sonido y melodía eran extraños y desconocidos a los francos.

(Se continuará.)

El mundo acuático.

Hay épocas del año, hay latitudes en el globo que excitan en la especie humana necesidades imperiosas, irresistibles a veces, y que la impulsan a satisfacerlas, so pena de graves padecimientos, y de condenarse al entorpecimiento de las más notables de sus facultades. La situación geográfica arraiga en ciertos puntos del globo las incomodidades que la estación generaliza en toda su superficie. El samoyedo y el finlandés tiemblan de frío durante todo el año, como el árabe en el desierto durante una noche de diciembre. En julio y agosto el calor es tan vehemente en Copenhague y en San Peterburgo, como en Malta y en Smirna. Dejemos a los sabios la tarea de buscar en estos fenómenos la ley del equilibrio, si es cierto que la naturaleza la observa en todas sus obras.

Limitémonos a lo que tenemos a la vista; a este reducido espacio de tierra en que la naturaleza nos ha colocado. Templado llamamos al clima que nos rodea, porque la geografía ha dado en llamar templadas las dos zonas paralelas que median entre los trópicos y los círculos polares. Pero ¿no se *destemplan* a veces estas dos fajas hasta el punto de producir los mismos efectos que las otras dos que las limitan?

Estamos en julio, y nada tenemos que envidiar al bozal que se derrite en Tambuctoo. Se han borrado de nuestra memoria aquellos días en que gritábamos: *leña*, tan necesitados de calor, como hoy necesitados de frescura, gritamos: *agua*. La idea del baño nos halaga ahora tanto como hace seis meses nos halagaba la de la chimenea. Manzanares, el Grao, San Sebastian, Biarritz, abrid vuestros senos hospitalarios a las turbas que os imploran. Océano,

Calma un momento tus soberbias ondas,

y recibe a los que buscan en ellas el alivio que les niega la parte sólida del planeta que habitan. ¿Y qué es esta parte sólida, en comparación de la líquida que baña sus extremidades? Si pudieran reunirse en un solo conjunto los cuatro continentes, llamados por los geógrafos partes de la tierra, con la agregación del enjambre insular que después se ha elevado a la misma categoría con el nombre de Oceanía, toda esta masa no bastaría a cubrir el Pacífico. Por cada diez millas de tierra se cuentan veinte y siete de mar. Pero ¿qué diferencia! dice el observador vulgar. Aquí todo es variedad; allí es todo monotonía; allí todo es soledad, aquí todo animación. Inneablemente la tierra es la parte favorita de la creación, y la residencia del hombre es infinitamente superior, bajo todos aspectos, a la del besugo.

El observador se engaña. La mar es algo más y mejor que un desierto salado; algunos más derechos tiene a nuestra admiración y a nuestro estudio, que la circunstancia de ser el camino real de las naciones, cuando no lo obstruyen los aranceles y las aduanas.

Bajo esta llanura nivelada hay un mundo entero, no menos variado en su aspecto, y mucho más fecundo en sus producciones que ese otro que sostiene tantas creaciones efímeras que se llaman imperios, y en donde se cometen tan enormes crímenes, que se llaman conquistas. Esa inmensa sabana de agua cubre en su fondo montañas, valles, manantiales de agua dulce, volcanes, prados y selvas espesísimas.

La vida hierve, si es licito decirlo, en todas estas localidades bajo las más diversas formas, simétricas las unas y elegantes, otras extravagantes y monstruosas;

(1) Los *runes* tienen diferentes alfabetos. Los caracteres más comunmente empleados se componen de un palote derecho y perpendicular, acompañado de una ó muchas rayitas laterales ó trasversales. Los *runes* se trazaban no solo en piedra, sino también en madera, metal y aun en pergamino. Su empleo no ha desaparecido aun por completo en el Norte, y el palo rúnico sirve aun de calendario en muchos cantones de Suecia, no siendo raro encontrar entre los dalecarlienses, monógramas esculpidos en *runes* en sus útiles domésticos ó instrumentos de agricultura. (Pedro Víctor, *Ojeada sobre las antigüedades escandinavas*, página 23.)

VERIDICA HISTORIA DEL SEÑOR CRIPTOGAMO PAPANATAS.

QUINTA PARTE. — (Véase el número 589.)



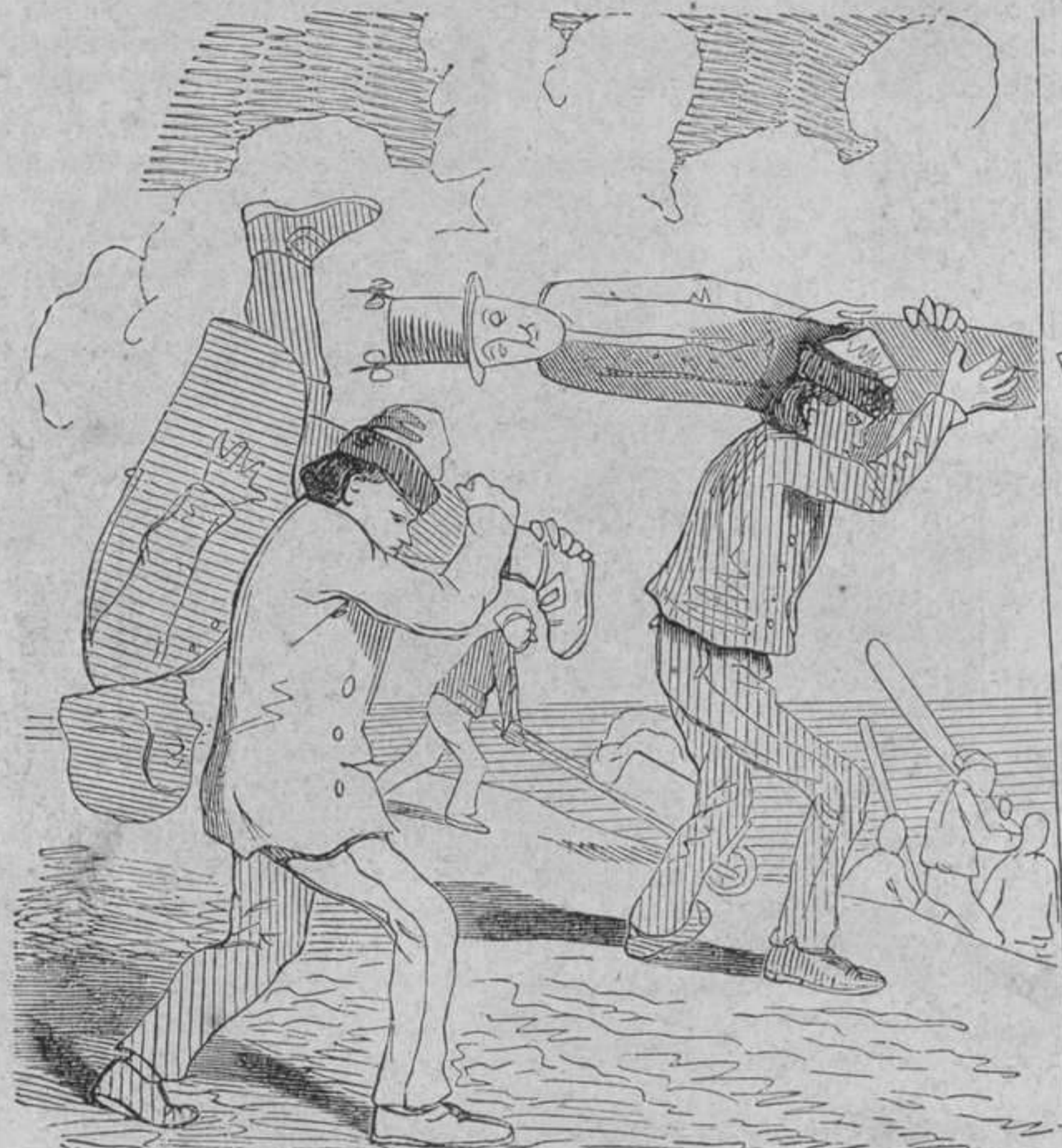
El amigo de Criptógamo tiene la satisfacción de encontrar su peluca en el intestino de la ballena, en tanto que Criptógamo halla también el papel sellado sobre el cual Elvira le hizo firmar por partida doble sus compromisos.



Sin embargo, como la isla era polar, Criptógamo y su amigo, que no andan muy abrigados, tiritan de frío.



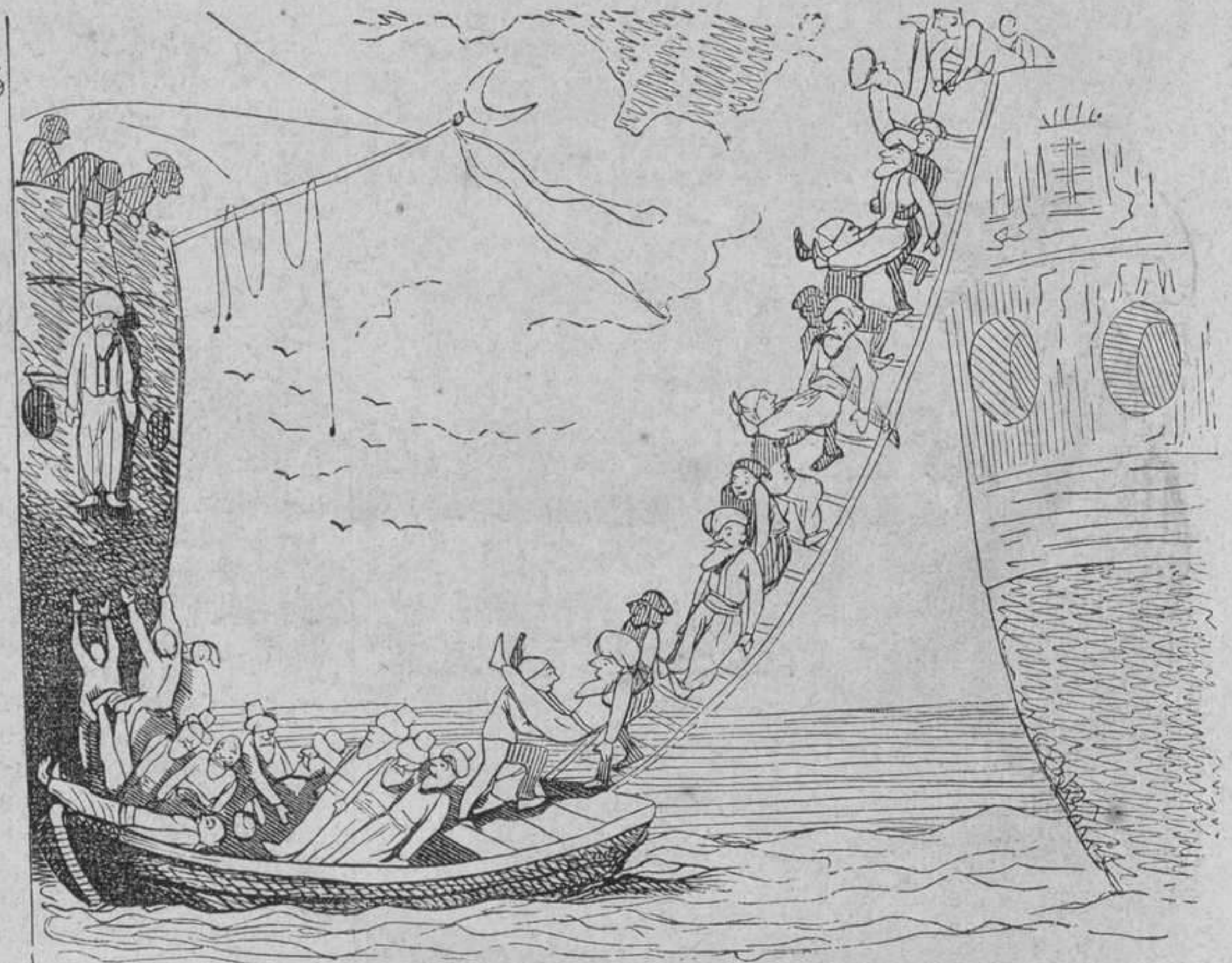
Criptógamo acaba por helarse, y lo mismo le sucede a su amigo cuando estaba haciendo ejercicio.



Los balleneros después de terminada su pesca, embarcan a Criptógamo y a su amigo helados los dos para regresar a Noruega.



Criptógamo y su amigo colgados de cualquiera modo en el trinquete.



Sin embargo, habiendo llevado la tormenta a aquellos sitios al bergantín argelino, los balleneros se apoderan de todo cuanto encuentran, incluso la tripulación helada.



Entre los helados los balleneros descubren una mujer que juzgan es cristiana.



Todos los moros son trasportados a la cala.



Unicamente separan a Elvira y al capitán, y los cuelgan del trinquete.



Pero pocos días después un marinero tiene la imprudencia de encender su pipa al pie del palo, y pegando fuego a la barba del capitán, se deshielan los ojos de Criptógamo y de Elvira.



Continúa el deshielo, y Elvira salta a tierra; pero Criptógamo reflexiona que le es más conveniente parecer helado.



Elvira descuelga á Criptógamo, y este prosiguiendo su papel, la cae encima.



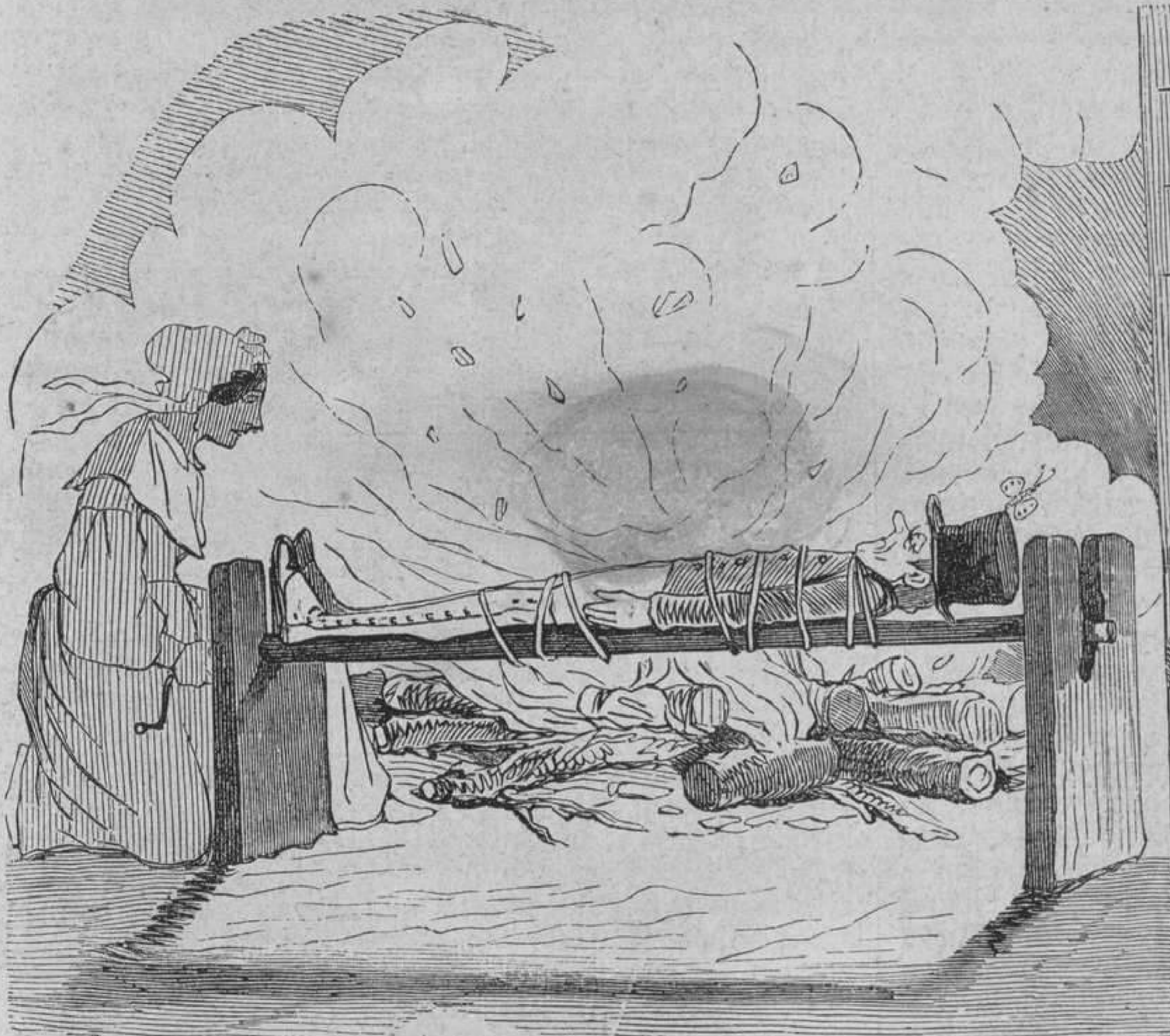
Desesperacion de Elvira, que da muchas vueltas á su amado sin poder deshelarle.



Elvira prueba las bebidas calientes; pero Criptógamo, como está helado, no hace caso.



Con las fricciones sobre el corazon sucede lo mismo.



Le pone sobre una hoguera, y Criptógamo sigue hecho un sorbete.



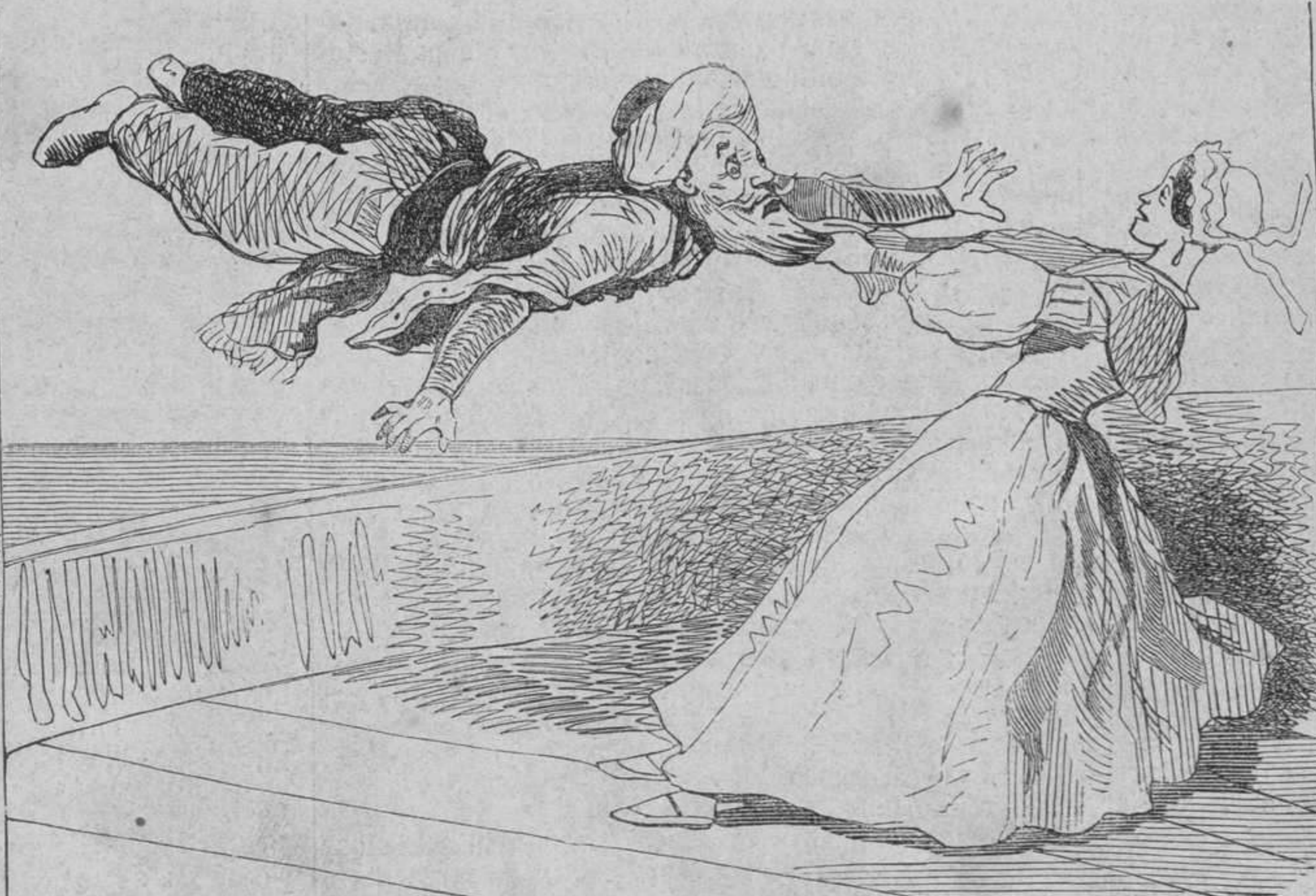
No obstante, hácia el 54º de latitud comienza á penetrar el calor en la cala, y se van deshelando un poco los argelinos.



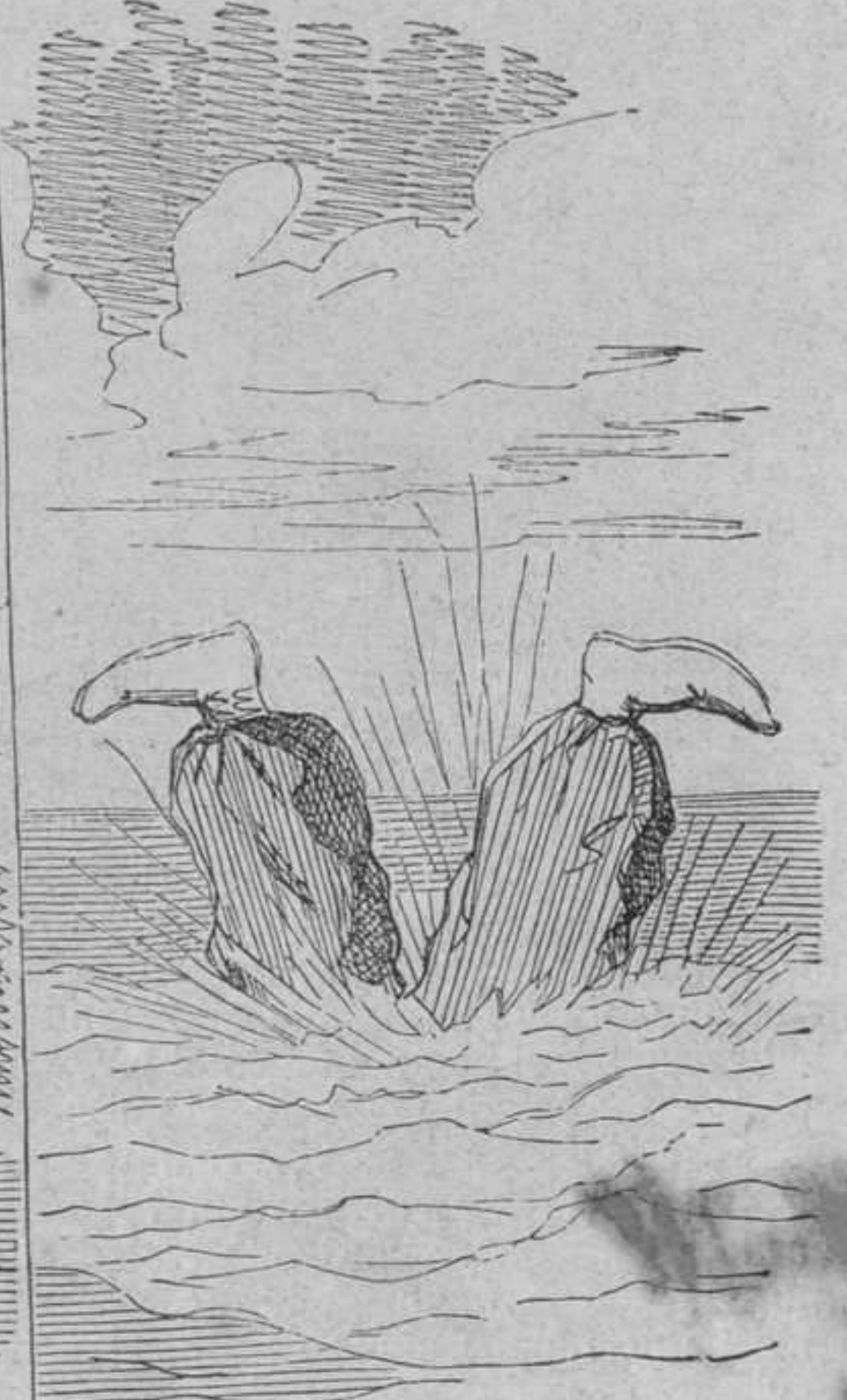
Una vez deshelados, sacan el yatagan, suben sobre cubierta y degüellan á los balleneros.



Elvira, que acude al ruido, viene á ser presa de un viejo turco que trata de ponerla aparte para su serrallo.



Pero Elvira se liberta, y agarrando al viejo turco por la barba, le juega una mala pasada.



Tanto que el viejo turco va á caer al mar á dos millas sudeste-nordeste.

(Se continuará.)

todas admirables. Una clase de animales marítimos puebla la región media entre el límite más alto y el más bajo de la marea, sin mezclarse con los que viven más abajo ó más arriba. Siete zonas dividen horizontalmente las aguas del Océano, desde la superficie hasta el fondo, y cada zona mantiene una población distinta de las que viven en las otras.

El asunto es inagotable, como lo es la fecundidad de aquellos seres. El gran naturalista Scoresby ha calculado que si los huevos de una sola ostra pudiesen escapar de la voracidad de los peces que con ellos se alimentan, producirían bastantes sabrosos bivalvos para llenar doce mil barriles. En el Océano polar se encuentran espacios de centenares de millas de extensión, cubiertos de una sustancia verdosa, compuesta de unos animalitos que los sabios llaman *entomostraca*, y que forman el principal alimento de las ballenas. El citado naturalista ha conjeturado que en una milla cúbica de las aguas polares viven 23,888.000.000 de estos individuos.

Ya que hablamos de polos, acerquémonos al del Sur, tan poco frecuentado por los navegantes. Antes de llegar a los hielos perpétuos que lo circundan, observemos que el agua está bastante fría para *frapper* el vino de Champaña, así como bajo el Ecuador está bastante caliente para poder uno afeitarse con ella sin incomodidad.

Entre estas dos clases de aguas hay un movimiento reciproco y constante á que los marinos dan el nombre de *corriente*. Las aguas ecuatoriales dilatadas por el calor, propenden á salir de sus límites, como las de una cafetera puesta al fuego cuando la cocinera se descuida. Impulsadas por esta fuerza de expansión, invaden la región de las aguas frías, las cuales van á ocupar el lugar que aquellas abandonan. Del mismo modo el aire, que es otro Océano, se hincha, digámoslo así, en el Ecuador, y se precipita hacia el Sur y hacia el Norte, arrojando de sus puestos á los aires fríos, los cuales se aprovechan de aquella oportunidad para ir á calentarse bajo los rayos perpendiculares del sol.

Las corrientes marítimas cruzan como ríos caudalosos las llanuras submarinas entre márgenes tan fijas y determinadas como las del granito, aunque no son más que agua. Las hay perpétuas, periódicas y accidentales, que son las que provienen del derriete de las nieves.

Una de las más notables entre las primeras es la que tiene su origen cerca del volcán Erebo, en la ciudad antártica, y se dirige al Pacífico, dividiéndose en dos al llegar á la América del Sur. Uno de estos ramales al estrellarse en el cabo de Hornos, toma la dirección del Atlántico. El otro, descubierta por Humboldt, cuyo nombre lleva, baña las costas de Chile y del Perú, y se hace muy sensible desde Valparaíso hasta Punta Pariña, cerca de Guayaquil. De allí sale para bañar la costa del archipiélago de Galápagos tirando en seguida hacia el Oeste.

En toda esta peregrinación las aguas conservan parte de su frescura, en términos que los desiertos de la costa del Perú dan lugar á una espesa niebla llamada *garua*, cuyas partículas forman verdaderas gotas de agua cualquiera que sea la superficie en que caen. La gran corriente ecuatorial que navega hacia el Oeste, contiene toda la masa que se desprende del polo Antártico, excepto el ramal de que hemos hablado. Este vasto volumen ocupa una tercera parte de la distancia que media entre los dos polos; pasa entre China y Australia, y por último va á lamer la costa del sudeste del Japon.

¿Tienen algo que ver estas idas y venidas del elemento líquido con las emigraciones periódicas de algunas de las grandes familias que en él residen? No sabemos que los naturalistas hayan resuelto este problema; lo indudable es que estas emigraciones se hacen con una regularidad tan exacta y tan puntual, como si se gobernasen por un cronómetro de Dent ó de Losada. Citaremos un solo ejemplo de que puede ser testigo el que quiera hacer una excursión de pocos días hacia un punto de las costas del Sur de la península, para presenciar el curioso espectáculo de la pesca del atún, á la que se ha conservado el nombre árabe de «almadrava». Los atunes se gozan en las regiones polares, de donde, movidos por un instinto misterioso, salen en grandes tribus al acercarse el solsticio de verano para desovar en el fondo del mar Negro. Las medallas fenicias halladas en las inmediaciones de Cadiz y de Gibraltar acreditan que el fenómeno era conocido en aquellos tiempos remotos, y que los fenicios sacaban de él tanto provecho como sacan en el día los habitantes de Conil.

Las manchas (que así se llaman de estos enormes animales suelen encontrarse, al enfilarse el estrecho de Gibraltar, con un terrible enemigo, el espadarte, que sabe el punto y hora en que ha de pasar por allí su manjar favorito, y lo aguarda y lo espía como el gato al ratón, la araña á la mosca, y entre nosotros, el usurero calculador al pródigo arruinado. Los atunes, bien convencidos de las intenciones de su adversario, huyen con dirección del cabo de Trafalgar, y al acercarse á tierra, caen en manos de otro enemigo que estaban lejos de sospechar. Una enorme red los envuelve, los saca de su elemento, los arrastra á la arena, donde los aguarda, cuchillo en mano, ese gran destructor llamado hombre. Las emigraciones de otros peces ofrecen peculiaridades no menos curiosas. En las de las sardinias, por ejemplo, se ha observado, que al llegar á cierto grado de latitud en el Norte de Escocia, la gran familia se divide en grupos, y cada uno de estos se dirige con su nueva progenie al mismo punto de la costa en que aparecieron el año anterior los individuos del grupo que sobrevivieron á la pesca.

Aun no hemos dicho todo sobre las corrientes, asunto que hoy llama la atención de los sabios y de los navegantes, y en cuya ilustración ha trabajado con mucho éxito y acierto la marina de los Estados Unidos de América.

La gran corriente ecuatorial, persistiendo en su curso hacia el Oeste, viene á dar en la costa de Africa, que es como si dijéramos en un callejón sin salida, y no pudiendo vencer aquel obstáculo, se desliza hacia Madagascar, dobla el cabo de Buena Esperanza, da media vuelta hacia el Norte, pasa entre Benin y Sierra Leona, recorriendo todo este vasto circuito á razón de entre veinte y seis y setenta y ocho millas diarias, lo cual no es mucho en comparación de lo que corre una locomotora, pero es muchísimo si se tienen presentes la distancia y el tiempo que la separan del punto en que recibió el primer impulso.

Al llegar al Ecuador, con una temperatura de 79 grados del termómetro de Fahrenheit, la corriente choca en la gran prominencia del continente americano llamada cabo de San Roque; allí vuelve á dividirse en dos ramales; el uno va al Sur, y dando vista al cabo de Hornos, vuelve al Pacífico, que no le es desconocido; el otro tira al Norte, visita las islas del golfo de Méjico, se pasea en aquella gran concavidad, sale de ella por entre Cuba y la Florida, se encamina á Irlanda, desciende al golfo de Vizcaya, y empujado por las otras contra-corrientes que encuentra en su rumbo, vuelve á incorporarse con el primitivo raudal, y á empezar de nuevo el giro por el cual lo hemos seguido paso á paso.

Poco menos interesante que el descubrimiento de la circulación de la sangre por Harvey, es el de esta circulación del agua del mar, descubrimiento que no se hizo de golpe, como el del famoso médico inglés, sino por muchos observadores y navegantes, en largos y peligrosos viajes y con la cooperación de los principales cuerpos científicos de Europa.

Falta mucho para completar el mapa de tan complicado sistema; pero á lo menos es conocido el hecho principal, en torno del cual se agrupan los otros; es sabido que el corazón del sistema es el gran Océano del Sur, y esto no solo porque el intenso frío de la región polar determina el movimiento en aquella dirección, sino por ser la mayor cuenca de cuantas diversifican la superficie de nuestro planeta. El Pacífico abunda en malecones naturales, rocas, arrecifes y archipiélagos, y en estos impedimentos se modifica notablemente la acción de la gran arteria que hemos procurado describir, pero sin destruir, antes bien aumentando á veces su rapidez. De todo lo dicho se colige que el polo Antártico es uno de los más vastos y más activos laboratorios de la naturaleza. Las condiciones del Arctico son harto diferentes. Aunque tan desnudo de tierra como el opuesto, la proximidad de los tres continentes de Europa, Asia y América no le permite ejercer en sus aguas el imperio que el otro ejerce en las suyas.

Observemos que si el mundo de las aguas sirve de residencia á tantas formas de vida, á tantas familias de seres organizados, también nos hace á los que vivimos en seco importantísimos servicios, por muy lejos de sus orillas que la suerte nos haya colocado, y aunque no hayamos visto otro mar que el de Antígola. Las corrientes de aire, que son consecuencia de las marítimas, hacen un gran papel en las modificaciones del clima; refrescan y calientan alternativamente la atmósfera, suavizando de este modo los extremos rigores de las estaciones; purifican el principal elemento de nuestra vida; crean las producciones vegetales, contribuyendo grandemente á su desarrollo y á la madurez de sus frutos; arrebatan sus semillas y las hacen germinar en regiones apartadas; por último, desde que se descubrió el arte de navegar hasta nuestros días, esas corrientes invisibles son las que han estrechado los vínculos que ligan las diferentes ramificaciones de la familia humana con solo hinchar un pedazo de tela, y dando por este medio al hombre el imperio de los mares.

La mar suele arrebatarse tal cual fracción de sus posesiones terrestres, y hay puntos en que las bajas mareas descubren restos de edificios, sobre los cuales se han enseñoreado las olas. Innegablemente el Cadix de los fenicios era una isla algo mayor que Cadix moderno, y sin dar entero crédito á la Atlántida de Platon, las Canarias y las Antillas no son, en opinión de graves escritores, sino sendas cúspides de montañas, asentadas en siglos remotos sobre continentes hoy sumergidos. Pero en esto como en todas sus obras la naturaleza observa fielmente la ley de las compensaciones, y da con una mano lo que con otra quita. Desde el fondo del mar suelen elevarse, por obra de un insecto casi invisible, solidísimas columnas de coral apiñadas entre sí en términos de formar cuerpos anchos y duros.

Cuando descuellan sobre la superficie líquida, la mar se encarga de su porvenir, como decimos ahora; lleva tierra, algas, musgos y semillas; en una palabra, las reviste de magnífica vegetación, las prepara á recibir al hombre, al cuadrúpedo, al ave y al reptil, y llega á sacar de su seno esas deliciosas moradas que se llaman Sandwich, Otahiti, Nueva Zelandia, con otros archipiélagos convertidos ahora, como ya hemos dicho, en quinta parte del globo.

Volvamos al polo del Sur, cuyas maravillas hemos estado muy lejos de agotar. En ese inmenso receptáculo que lo ciñe, tiene su origen uno de los más asombrosos fenómenos que confunden el entendimiento humano, la marea. Todos saben que el flujo y el reflujo dependen de la atracción ejercida en las aguas por la acción del sol y de la luna. La mitología griega tuvo razón cuando convirtió á uno de los dos astros en hom-

bre y al otro en mujer, porque teniendo en nuestra especie más atractivo un sexo que el otro, le pareció natural que se incorporase en el bello sexo el astro que atrae más, y en el sexo que no es bello, el astro que atrae menos. En efecto, la observación ha demostrado que cuando el sol y la luna obran de acuerdo, el influjo del sol no añade más que una quinta parte al volumen de agua que levanta el influjo de la luna, y cuando aquellos dos cuerpos celestes obran en direcciones opuestas, el influjo del sol disminuye un pie en cada seis pies de los que mueve su rival.

Esa gran ola que se alza dos veces al día en el gran Océano Antártico, para iniciar el movimiento general de los otros océanos, no obra con uniformidad en todos ellos. En unas partes baña más extensión de playa que en otras, variando esta diferencia de tres pulgadas á treinta pies, por término medio. La marea, siguiendo las líneas de la costa, se siente mucho más en el Sur de la península indicada, que en la anchura del Pacífico, limitando allí su acción á la costa occidental de la América meridional, donde observa mucha moderación en sus excursiones. De la nueva Zelandia hasta el cabo de Hornos tarda quince horas; pasa entre aquellas islas y Australia, y guarda su incógnito en las playas de la China y del Japon, donde el nivel del mar es tan inalterable como las instituciones de aquellos enjambres de seres humanos. En el Atlántico empieza por la extremidad austral de Africa, y recorre todo el continente de Europa con excepción de las costas que baña el Mediterráneo, donde solo penetra muy pocas millas al Este del estrecho de Gibraltar.

¿Cuánto darían en Marsella porque la favoreciese con sus visitas, y le quitase el privilegio de ser el más insalubre y pestífero de todos los puertos de mar del mundo! La mayor ó menor rapidez del movimiento de la marea depende de la mayor ó menor profundidad del agua. En una braza de profundidad camina á razón de ocho millas por hora; en cien brazas, ochenta millas; en mil brazas, cuatro millas por minuto.

Con tanto como hemos hablado de la mar, no hemos tocado á una de sus más notables maravillas; su Flora, tan abundante, tan variada, tan rica en formas y colores, nos servirá de asunto para otro artículo, cuando el lector no esté tan mareado como lo suponemos después de haber leído el que aquí termina.

JOSE JOAQUIN DE MORA.

Viajes

ESTADO ACTUAL DE TIERRA SANTA.

(Conclusion.)

En nuestras escuelas se da no solo la instrucción religiosa, primaria y literaria, sino también la de lenguas europeas (especialmente en Jerusalén), y la de artes mecánicas. En ellas se ocupan 16 religiosos, 22 maestros seculares, dos comunidades de monjas francesas y seis maestras árabes. Total que Tierra Santa paga al año por la enseñanza, 7,998 duros. Además nos es necesario dar comida, libros, etc., á la mayor parte de los niños y niñas, para librarlos de las garras de los cismáticos y protestantes que con dinero, lisonjas y promesas hacen un diabólico comercio de almas inocentes, y esto ya se sabe que cuesta algunos millares de piastras. Solo la imprenta que tenemos en Jerusalén (dirigida enteramente por religiosos), de la cual salen continuamente libros en idiomas europeos, árabe y griego para proveer nuestras escuelas y difundir la doctrina católica en Palestina, Siria, Arabia, Africa y Egipto, á fin de contrarrestar á la propaganda activa y tan funesta cismática y á la sociedad bíblica protestante, cuesta al año dicha imprenta 1,416 duros. Y por no dilatarme demasiado, diré en breve que además de dichos gastos anuales, Tierra Santa paga al año poco más ó menos (con arreglo á las cuentas de 1857): para el culto, 4,489 duros; para intérpretes, médicos y otros sirvientes, 2,346 duros; al señor patriarca, 12,064 duros; al delegado de Egipto, 921 id. De todo lo que queda dicho resulta, que dejando aparte los gastos de los 260 religiosos que por término medio componen la provincia de Tierra Santa, y los gastos de viajes, reparos de iglesias y conventos, etc., nuestros gastos extraordinarios, casi todos derramados entre los mismos católicos, ascienden anualmente á la enorme suma de 48,546 duros. Advirtiendo que aquí los curas no reciben un maravedí de sus parroquianos; entierros, matrimonios, bautismos, reparos de iglesias, etc., todo va gratis, inclusa la cera, para todo gasto parroquial.

En dicho año de 1857 los religiosos de Tierra Santa hemos celebrado gratuitamente en diversos santuarios 1,500 misas entre cantadas y rezadas por los soberanos y príncipes bienhechores de Europa; y otras 20,977 por todos los que dan limosnas para sostener los Santos Lugares con el culto correspondiente. Desde el año de 1827, en que hemos comenzado á respirar, bajo la opresión turca se han restaurado unos y levantado de nuevo otros 22 edificios en mejoras de la misión, y se sigue trabajando á medida que Dios envía los recursos...

En los diez años corridos desde 1850 hasta el de 59, se han hecho 503 conversiones y abjuras de errores, y se han reconciliado con la Iglesia católica 172 personas: en el año 60 solo en Jerusalén se convirtieron 25...

á muchos les parecerá poco el fruto de tantas parroquias y misioneros; pero deben tener en cuenta que si hay tierra estéril é ingrata á las fatigas de los misioneros, es sin duda Tierra Santa, en donde el fanatismo turco ha estado hasta ahora en su apogeo. Adviertan también que hemos tenido que combatir (en los cuarenta y cinco años que llevamos de existencia en Tierra Santa), contra gravísimas dificultades para el aumento del catolicismo en Oriente, y por tocar algunas: primera, las pestes que muy frecuentemente diezaban los religiosos; en solo un mes del año de 834 murieron 19 religiosos; segunda, la miseria en que han vivido nuestros religiosos por muchos años, entre destierros, cárceles, azotes, muertes violentas y toda clase de infortunios, no siendo el menor las muy frecuentes y enormísimas cantidades que los turcos les hacían pagar sin más justicia que su antojo y el gusto de tiranizarlos; tercera, la continua guerra que nos han hecho los griegos y armenios cismáticos, poniendo en juego todas sus asombrosas riquezas, á fin de envilecernos, echarnos de Tierra Santa ó al menos comprar las almas católicas, y al efecto obtuvieron del sultán un firman (ó real orden) para que las familias de su nación que no contasen doscientos años de católicas fuesen obligadas á volver al cisma. Esta orden duró hasta el año de 1828. La cuarta dificultad que nos ahoga enteramente los copiosísimos frutos de la semilla evangélica, es la turca, que aun está vigente, por la cual se impone pena de ser cortada la cabeza al ministro que bautice algún turco y al mismo bautizado. Por lo cual Roma se ha visto obligada á prohibirnos la predicación á los turcos por no exponernos á manifiesto peligro de la vida, y también á peligro de perder los Santos Lugares, monumentos demasiado preciosos para nuestra santa religión. Esto no obstante, se convierten en pocos turcos, pero nos es necesario mandarlos por cuenta nuestra á países desconocidos para librar su vida y la nuestra de una muerte cierta.

Además, no debemos considerar estas misiones como un terreno virgen y á propósito para recibir la buena semilla; antes bien le debemos considerar como una viña vieja, decrepita, cansada y abandonada hasta de su mismo divino Dueño, el cual despues de haberla regado inútilmente con su sudor y con su sangre, llegado al fin el día de su justa ira, la quitó el cercado de sus favores especiales, y dejó libre la entrada á todas las bestias de la tierra.

Me he detenido demasiado en presentar como en un cuadro las ocupaciones de los religiosos de Tierra Santa y el estado de sus misiones, porque hay quienes por un milagro de ingratitud y de perfidia, aparentan dudar de la utilidad de los frailes menores en Palestina, y de si sería ó no conveniente sustituirlos con otros. Los que quieren, si les fuera fácil, hacernos tan atroz injusticia, se reducen á dos clases: unos, constituidos en dignidad, á quienes no es ciertamente desconocida la historia de las sangrientas alternativas que hemos sufrido por el espacio de 645 años que llevamos de residencia en Tierra Santa; otros, de oscuro nacimiento, pero de una considerable é improvisada fortuna, hablan sin saber lo que se dicen por no tomarse la pena de leer las historias de Tierra Santa. A los primeros, respondemos con un digno y respetuoso silencio. A los segundos, con despreciar sus críticas apasionadas; pero no podemos menos de recordar á españoles eruditos y verdaderos católicos (de los que abunda en gran manera, por fortuna, nuestra querida patria), que cuando nació el orden de menores, Saladino habia plantado sobre las murallas de Sion el estandarte de Mahoma, y el patriarca Heraclio con todo su clero habia huido, abandonando los preciosísimos monumentos de nuestra redención á la profanación de los infieles, por no sujetarse á pagar un tributo que les habia impuesto el conquistador, y los pocos católicos que habian escapado de la carnicería musulmana se hallaban como ovejas errantes sin pastor y sin albergue á donde refugiarse. Por consiguiente, la religión católica y la civilización europea son deudas á los franciscanos de Tierra Santa del florido catolicismo que tanto nos honra en Palestina, y de tan numerosos lugares santos como estamos conservando á costa de sacrificios increíbles. Los hechos que presentamos son aun más elocuentes que la historia, que ciertamente parece tener más de fabuloso que de verídico, de Tierra Santa. Examinense desapasionadamente los títulos que tenemos para ser respetada nuestra posesión, y luego díganse si hay en la historia del derecho canónico propiedad alguna que venza á la nuestra, en cuanto nos es permitido por nuestra regla, en solidez. Seiscientos cuarenta y cinco años de posesión jamás interrumpida, y sin jamás abandonar el puesto de centinela que aquellos intervalos en que los religiosos sufrían en las cárceles, ciento ochenta y dos reverendísimos padres custodios ejerciendo la jurisdicción episcopal por el espacio de 628 años en que el patriarcado ha estado vacante; treinta Sumos Pontífices que en sesenta y cuatro bulas nos colman de privilegios y halagan nuestro amor propio con miles de bendiciones por nuestra constancia en sufrir trabajos, y por nuestra laboriosidad en el ministerio apostólico, innumerables cédulas reales con que los piadosos soberanos de Europa nos han favorecido, entre los que contamos á Enrique VIII de Inglaterra antes de su desgraciada caída; ochenta pleitos, uno de ellos en tiempo de nuestro amado monarca Felipe II duró veinte años, sostenidos contra los griegos y armenios cismáticos en defensa de la propiedad que tiene el catolicismo sobre el Santísimo Sepulcro; ochenta y cuatro id., sobre la sagrada gruta de Belén, y más de mil sobre propiedad de otros

santuarios; la sangre de más de mil mártires sacrificados por la ferocidad musulmana, á los que podemos añadir como apéndice los ocho sacrificados en Damasco el año de 860; las cárceles asquerosas, el horror de las cadenas, las pestes continuas, las angustias, los destierros, las tiranías, no diré injustas, sino atroces, las exigencias continuas de crecidísimas cantidades de dinero: todo esto sufrido por seis siglos y medio, ¿no basta aun para constituir el precio de una compra moenajenable? ¿no basta para prescribir en favor nuestro la posesión y custodia de los Santos Lugares? ¡Parece mentira que para el siglo XIX, para el siglo de los filantrópicos, estuviese reservada tamaña ingratitud!

Concluiré con hacer dos solas observaciones para obviar dos justos reparos que se me pueden hacer: primera, que aunque nuestra misión cuenta 20.000 católicos, al patriarcado de Jerusalem no corresponden más que 4.484, porque los demás están en Egipto, Siria, etc.; segunda, bien preparado el terreno y bastante favorables las circunstancias, no es culpa nuestra, si la misión no produce hoy mejor que nunca los frutos que eran de esperar. Ni es culpa nuestra, si muchos santuarios principales como el Santo Cenáculo (que pertenece á España), el Monte Tabor, Caná de Galilea, Séforis, Monte Olivete, etc., siguen profanados... Me repito tu afectísimo y B. T. M. — F. A. M.

(De la España).

Revista de la moda.

SUMARIO. — Carreras de caballos en toda la línea. — Las carreras del bosque de Boulogne. — Dos soberanías en presencia: las señoras del gran mundo y las mujeres del medio mundo. — Vestido típico de S. A. el príncipe de Metternich. — Un prendido notable. — Un traje Jockey. — Sobre las modas masculinas. — Trajes de campo y de calle. — Las levitas cruzadas. — Una nueva tela. — Los botones diminutos. — Los botones de ágata, de nácar y de madera. — Fotografía del gandin hecha á la pluma. — Descripción del figurín de este número, que representa trajes de primavera.

Las carreras de caballos constituyen la gran diversión de la elegancia.

Hay carreras en todas partes; en la Marche, en Vincennes, en el bosque de Boulogne y en Chantilly.

Las del bosque de Boulogne son las más en moda.

Su Majestad la emperatriz Eugenia asiste á ellas casi siempre, así como la princesa Clotilde Napoleon y la princesa Ana Murat.

Chantilly, Vincennes y la Marche reúnen una concurrencia mas alborotadora. La gente llega en posta y en berlinas de viaje con postillones, en tanto que para el bosque de Boulogne se contentan con la carretela y el carruaje á la Daumont con cuatro caballos.

Todo lo más elegante y más aristocrático de Paris se da cita en el hipódromo del bosque de Boulogne, ya en el recinto del peso, ya en la tribuna del Jockey.

Así es que se ven allí los trajes más excéntricos.

A decir verdad, allí es donde aparecen las modas nuevas.

Las señoras de la corte están como en sus salones, en tanto que en el campo de las carreras las deidades del día se alzan sobre sus carruajes cubiertos de flores, y matan el tiempo despachando botellas de champaña.

En torno de estas dos soberanías, las señoras del gran mundo y las mujeres del medio mundo, la flor de la elegancia masculina distribuye alternativamente cumplidos y mentiras.

Los trajes de los hombres no ofrecen nada extraordinario. No se sale de la casaquilla y la jaqueta. Sería muy oportuno que los sportmen adoptasen un traje especial para las carreras, donde la fantasía podría desplegar todos sus caprichos.

Su Alteza el príncipe de Metternich se distingue en esto de los hombres de mundo por su traje especial.

En las últimas carreras de Longchamps llevaba un vestido del reinado de Enrique III. Casaquilla y pantalon rayado blanco y gris, y fieltro gris con escarapela encarnada.

Todo el mundo admiraba su traje, pero ¿cuántos tendrán valor para imitarlo?

Por su parte la princesa de Metternich viste igualmente de una manera original, y siempre con la mayor elegancia. Como es alta y delgada, puede llevar con la misma distinción la casaquilla del marqués de Faublas, y el vestido fruncido de la joven colegiala. Así se presentó el domingo último. Su traje se componía de un vestido de tafetan blanco cortado con filetes negros, con cinturón de terciopelo negro orlado de blanco y cuerpo fruncido. Sobre sus hombros se levantaba un cuello sobre unos tirantes de terciopelo. El sombrero era de paja con espigas y terciopelo negro.

Sin embargo, es preciso tener cuidado con la originalidad si no se quiere caer en el ridículo, como le sucedió á cierta señora que queriéndose distinguirse habia vestido de jockey, es decir, con un vestido blanco sobre viso de tafetan azul. Su jaqueta blanca no tenia mangas y aparecían las del cuerpo azul. En el alfiler de pecho llevaba esta señora su tarjeta de entrada en el recinto del peso. Mil comentarios se hacían sobre esta vestidura, que no repetiremos.

En cuanto á modas fashionables, no se habla más que de trajes de campo.

Para calle se adopta con preferencia la levita negra ó azul acompañada de un pantalon ya de rayas, ya de cuadros, y un chaleco adecuado.

Los trajes de capricho para montar á caballo ó para paseo de día, se reducen á las casaquillas inglesas de talle largo.

El corte de los sobretodos de primavera afecta también el género inglés y se reproduce con tres costuras. En suma, viene á ser una especie de saco que cae derecho por delante y queda un poco abierto por arriba. Por detrás se ciñe á las caderas.

Las levitas cruzadas están muy en boga, y han venido á ser el tipo exclusivo de la distinción y el buen gusto.

Estas levitas no son muy anchas; se abotonan solo dos botones, y dejan á descubierto la pechera, el chaleco y la corbata.

Los chalecos, para armonizarse con estas levitas, se hacen de chal muy estrecho.

Los pantalones son de una anchura ordinaria, y afectan una forma derecha.

Hay una nueva tela que imita el revés del paño. Nada más extraño, y sin embargo gusta. Esta tela se llama Melton.

Ya no se ribetea ninguna prenda, y un doble respunte reemplaza el ribete.

En las botonaduras se nota un gran cambio, sobre todo en las que se destinan á las jaquetas.

En tanto que nosotros ponemos á nuestros vestidos botones tan anchos como medallas, los nuevos botones de los elegantes son muy pequeños y de tela lisa.

En las jaquetas se ven botones chatos y de bordes redondos que tienen 19 y aun 17 milímetros cuando más.

Los botones de madera siguen en boga para jaquetas de viaje y de campo. Son más sólidos que los de seda.

También está muy en moda el botón de ágata. Este botón se lleva con todos los vestidos, pues ofrece todos los matices.

Para los trajes completos de hilo ó de piqué, se usan botones lisos de nácar blanco ó gris.

Ya que hablamos de los elegantes parisienses, voy á copiar la definición del *gandin*, pintado á la pluma por M. Ch. Iriarte, el nuevo cronista del *Mundo ilustrado*, que ha sucedido á J. Lecomte. ¡J. Lecomte ha muerto! ¡Viva Ch. Iriarte!

« El gandin es un cocodrilo que lleva una raya que principia en medio de la frente y acaba en la nuca, un cuello de siete centímetros de alto que le incomoda extraordinariamente; el suplicio era tan cruel, que hace dos años imaginaron volver hacia afuera las dos puntas del cuello que entraban en la carne. El gandin lleva guantes muy estrechos, botas más estrechas aun, una corbata imperceptible y chalecos con dos botones que dejan á descubierto toda la pechera. No obstante su buena vista, usa un lente que es el complemento de sus adornos estrambóticos. »

Tal es la fotografía del gandin. Ahora vamos á describir el figurín que dará á nuestros lectores de ultramar una idea de las modas de primavera.

El primer traje, todo de capricho y propio para el campo, se compone de una jaqueta de paño rayado negro sobre fondo azulado, con pantalon y chaleco de mahon.

Esta jaqueta no lleva más que una hilera de botones. No está cortada al talle, bien que sea bastante corta y redondeada por delante. En las caderas hay bolsillos con carteras. Las mangas son anchas y el cuello bajo y estrecho. El chaleco de chal cierra con siete botones. La corbata es de fular grosella con cuadros negros, cruzada y sujeta con un alfiler artístico. Pantalon ancho, fieltro gris y guante gris; botitos de charol.

La segunda figura lleva un traje de calle compuesto de una levita negra muy corta que abre sobre el pecho el espacio de dos botones.

Aunque esta levita está muy ajustada, no hay costura al través del talle sobre el delantero. Las piezas de los costados están añadidas bajo los brazos.

El chaleco de piqué blanco cierra á la altura de las solapas de la levita. La corbata es de granadina doble azul Méjico, y pasa dentro de un anillo de oro. El pantalon rayado cae naturalmente sin trabillas. Guantes amarillos y sombrero Dorsay también de fieltro gris.

El último traje solo puede servir para viaje y el campo.

La jaqueta, de paño blondina con pintas negras, está cortada á la Dorsay y cierra derecha por delante. Cuello derecho y cruzado angosto que solo permite cerrar el botón de arriba. Las mangas son anchas, y la prenda vista por detrás muestra un talle muy largo y semi-ajustado. El chaleco sube derecho sin cuello. Pantalon muy ancho; corbata negra ó de fantasía; guante gris y sombrero redondo de fieltro.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El sueño de un gloton.

¡Nuestro protagonista habia comido opíparamente!... En la mesa se habia hablado de casamientos, de fortunas súbitas, de historias escandalosas, de la paz y de la guerra, de Méjico, de los Estados Unidos, de Dinamarca, de Grecia, etc., etc... Ahora se hablaba de Garibaldi en Inglaterra: pero ¿qué le importaba á él todo esto? ¡Habia comido opíparamente! Sentado en un buen sillón, é indiferente á todas las cosas de este pobre mundo, se entregaba en plácida quietud al importante trabajo de la digestión, ocupación respetable si las hay, pues digerir es vivir. Que los pensadores proclamen la preeminencia de la idea, y clamen en alta voz que los gobiernos deben ante todo satisfacer las necesidades intelectuales de los pueblos; el caso es que los pueblos les dejan hablar y comienzan por satisfacer del mejor modo posible las necesidades de sus estómagos. *El hombre es un animal que piensa...* algunas veces; pero es un animal que come... siempre. Y si no, consideremos el ancho puesto que al crearnos ha hecho la naturaleza á los órganos encargados de acompañar esta función importantísima. Su complicado aparato atraviesa todo el cuerpo, y se diría que le constituye enteramente. En lo más bajo de la escala de los seres, el animal rudimentario es ya un simple estómago, es decir, una bolsa con una sola abertura que sirve á la vez de boca y de anus. La naturaleza ha trabajado con mas gracia en nuestro favor, y merece nuestra gratitud eterna. No sin razon ha colocado en el centro del individuo el estómago, y ha encerrado con él en el abdomen un tubo intestinal que

tiene seis ó siete veces el largo de su cuerpo.

Bien sabía que elaboraba la pieza principal, la pieza por excelencia de todo el organismo. Y no contenta con lo que ha hecho, ¡qué de indulgencia no demuestra respecto de su obra de predilección! En tanto que envuelve duramente el cerebro bajo una bóveda huesosa, en tanto que extiende en torno del pulmón que respira y del corazón, foco del amor, costillas tan juntas unas de otras como las barras de hierro de una cárcel, abraja á su querido estómago entre paredes blandas y extensibles, pues quiere que nada le moleste, que tenga toda su libertad para extenderse á su antojo. En todo lo demás conserva con mano firme la pureza de su dibujo; pero aquí consiente en que su obra se deforme. ¡Oh sábia naturaleza! Pero volvamos á nuestro gastrónomo.

¡Había comido opíparamente! Su rostro rubicundo y risueño, sus ojos anegados en los vapores alcohólicos, sus labios entreabiertos, su grueso vientre bajo su chaleco desabotonado, todo, hasta el muelle abandono de su cuerpo en el sillón que ocupaba, venía á manifestar el recogimiento lleno de beatitud de un gloton al levantarse de la mesa. Al través de sus párpados medio cerrados, sus miradas erraban vagamente sobre las azuladas llamaradas de un ponche, en medio de las cuales vislumbraba mil figuras fantásticas, mil diablillos saltando como chispas, bajo la imagen de enanos horribles, de máscaras grotescas; de bailarinas de talle fino, bonita pierna y trasparente vestidura; de esbeltas y frescas hadas que se columpiaban como abejas sobre los perfumados cálices de las flores: — luego, aumentando el vértigo, los frascos, las porcelanas y los cristales le parecían volar de la mesa y emprender un baile; las botellas, teniendo á las servilletas por las cuatro puntas, hacían dar saltos á las copas; los vasos boca abajo se formaban en fila y se pavoneaban como campanas; los tenedores montaban á caballo sobre las cucharas... por último, todo esto se mezcló y comenzó á formar remolinos infernales. Esta vez el sueño, pero un sueño vertiginoso, se había apoderado de nuestro gloton. Sin embargo, poco á poco la zarabanda se calmó, el movimiento se fué apaciguando, los colores palidecieron, las imágenes perdieron sus formas. Nuestro hombre dormía; luego su respiración, insensible en un principio, se fué pronunciando mas y mas, hasta que llegó á ser estrepitosa: ¡nuestro héroe roncaba!

El animal recogía sus fuerzas para el trabajo químico y la buena repartición de las materias ingeridas; el alma había cesado de funcionar por aquel instante. Ninguna imagen, ninguna sensación atravesaba el cerebro ni le sacaba de su letargo. Este estado duró algun tiempo, y á él sucedió una sensación sorda, oscura, obtusa, que fué despertando poco á poco la conciencia del dormilon. Sintió un malestar indefinible, una vaga angustia y luego mucha pesadez.

—Tengo un peso, un peso en el estómago que me es insoportable. Y consiste en ese infame enanito que durante mi sueño se ha venido á sentar en mi epigastrio... Bien pudiera haber elegido otro puesto... ¡Cómo me oprime!... Y el maldito se rie á carcajadas... Es verdad que está borracho... ¿Quieres largarte, tunante?... ¡Ah! soy un niño; es que he comido mucho; ¡tomé dos platos de salmón! ¡Barbaro!

Soñaba, y le costaba mucho digerir. Las sensaciones penosas se multiplicaron y tomaron mil formas diversas para atormentarle. Soñaba que engullía enormes pasteles; y veía surgir por do quiera en su derredor platos de morcillas, de ternera y de callos que unos pinches muy sucios le presentaban sucesivamente. Pero lo que mas le repugnaba, era una innoble cocinera que apestaba á ajo, y que amorosamente inclinada hacia él,



El sueño de un gloton.

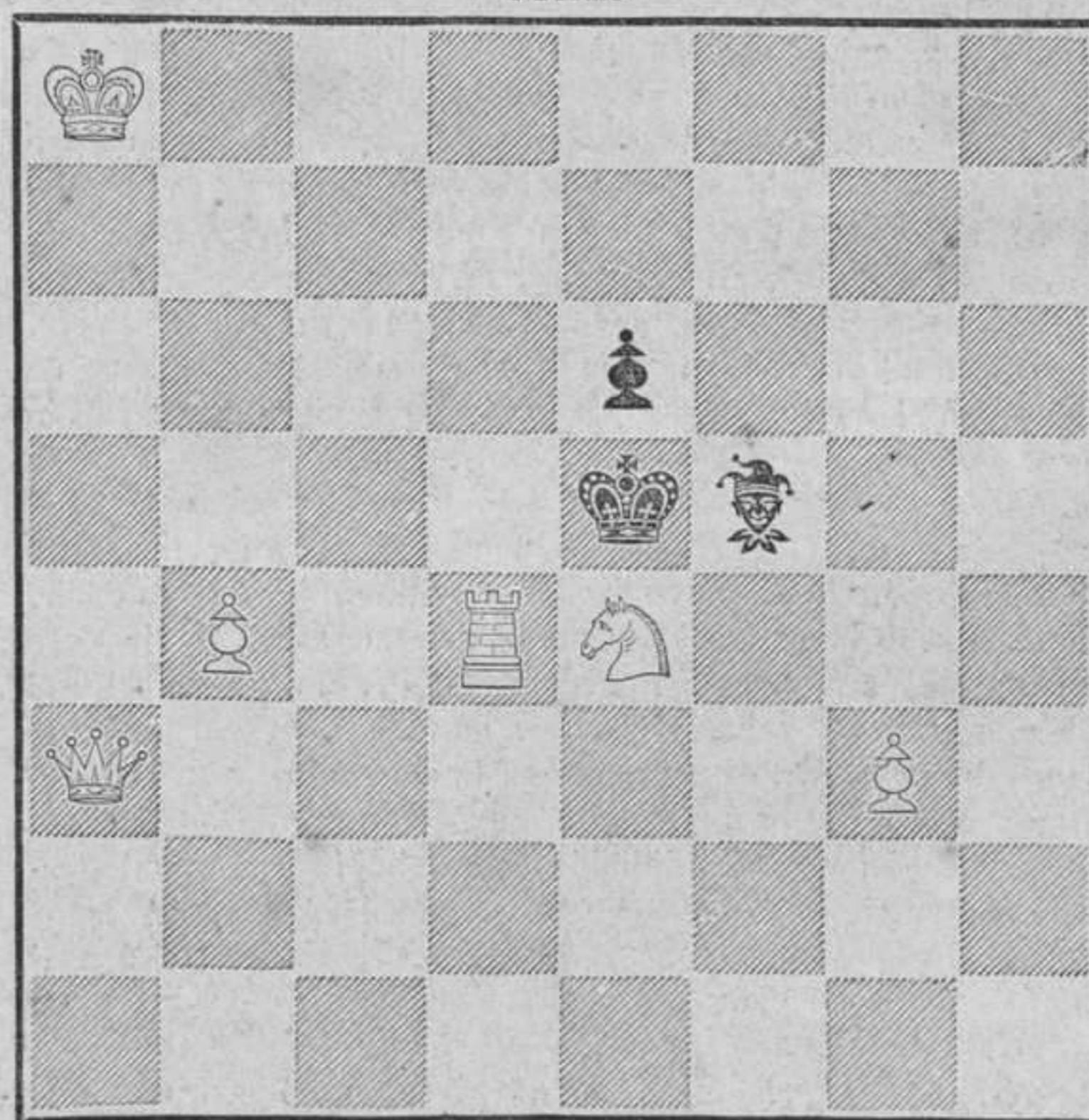
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 111.

- | | | |
|---|----------|-------------|
| 1 | C 8ª TRª | R come C |
| 2 | C 5ª CRª | P come C |
| 3 | T 6ª TRª | jaque-mate. |

PROBLEMA NUM. 112, POR M. DERMENON.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

acercaba á sus narices un pedazo de tocino rancio que tenía clavado en un largo tenedor de hierro.

Aquí nuestro durmiente se despertó sobresaltado; el movimiento peristáltico de su estómago estuvo á punto de desarrollarse en sentido inverso, y el momento fué en extremo desagradable.

Recobrando en breve una mejor postura en su sillón, volvió á dormirse con ganas. A las impresiones nauseabundas sucedieron sueños angustiosos. Veía personas hambrientas que imploraban algunas migajas de su festín, ó bien se veía á sí mismo con un ataque de apoplejia; pero las fuerzas digestivas alcanzaron la victoria, y hé aquí que las ideas risueñas volvieron á subir al cerebro, no sin extrañas sustituciones de ideas y de sensaciones. Verbigracia; mientras que nuestro gloton digería y dormitaba, la voz de un tenor que cantaba en una sala contigua llegó vagamente á su oído; era un canto de amor, y no obstante su suavidad, vino á ser para él un coro báquico, y en vez de las palabras: *Voi che sapete che cosa é amor*, él creyó oír esta coplilla repetida por mil voces frenéticas:

Languir per un bel ciglio,
Pazzia di gioventù!
Quant' é miglior diletto
Versar dentro il suo petto
Due fiaschi e forse piú.

«Pues, os pregunto, ¿para qué es buena esa extraña enfermedad que llaman amor?»

L'amore ci fa piangere,
Il vino ci fa ridere.

» ¡Ah! amigos míos, buenos amigos míos, hombres, hermanos míos, dejad á un lado todas las vanas angustias de la vida. Cuidad vuestra cocina y vuestra bodega; bebed y comed tranquilamente, y dejad el resto á los

dioses. » Luego se elevaban en el alma dormida de nuestro gloton pensamientos de una simpatía universal, de una ternura infinita. Repasaba en su memoria los destinos del hombre en la tierra, y entrevía en la historia de la lista de sus comidas una base para una nueva filosofía de la historia. Primeramente su corazón se oprimía al pensar en los primeros humanos, condenados á alimentarse con bellotas; pero despues respiraba considerando los progresos del arte culinario.

—Sin embargo, se decía, ¡cuán lentos y penosos son los progresos! ¿Qué nos ha quedado de aquella cocina romana que levantaba tributos en todo el universo? Nada, ni siquiera la receta del *garum*, que entre paréntesis debía de ser un guisote abominable. ¡Ninguna tradición! ¡El cocinero moderno ha tenido que formarse por sí solo! Felizmente el siglo marcha y no se detendrá; la ciencia gastronómica se propaga y se purifica. Cada día los vendedores de comestibles finos ofrecen nuevas exposiciones de artículos refinados. Todas las naciones de la tierra unidas entre sí por las vías férreas, cambiarán en algunas horas sus productos; ¡qué buena cocina nos espera!...

Y corrian lágrimas de sus ojos. En aquel instante el dueño de la casa que pasaba á su lado con algunas personas, y vió esto, le despertó y le preguntó con interés si estaba indispuerto.

—No, amigo mio; sin duda soñaba. —¿Quizá os cuesta trabajo hacer la digestion? le preguntó un médico.

—¿Porqué, exclamó un jóven, la digestion, que no es nunca un placer, es un dolor á veces?

—Es porque el apetito que la precede es siempre un placer, respondió el gloton... Tal es la ley comun; el hombre es dichoso por lo que desea, y no lo es por lo que posee; es dichoso por su apetito, y no necesita serlo por su digestion. La buena salud consiste en sentir siempre el uno y jamás la otra. Así se lo deseo á todos y á mí mismo.

R. S.